

Estado, clases y masas

(LA DOBLE LÓGICA SOCIOPOLÍTICA EN SOCIEDADES HETEROGÉNEAS)

SERGIO ZERMEÑO GARCÍA

I. INTRODUCCIÓN

La crítica contra las concepciones que han atribuido a las sociedades "atrasadas" un carácter dual ha sido rotunda en los últimos diez años en las ciencias sociales latinoamericanas. André Gunder Frank atacó frontalmente los enfoques que querían ver, en ciertas formas de propiedad heredados por la colonia, reproducciones del feudalismo al margen de la economía global, e hizo otro tanto en lo referente a los enfoques dicotomizantes de la sociología y la antropología de corte funcionalista, (continuum comunidad-sociedad, folk-urbano, orientaciones particularistas vs. orientaciones universalistas). Sus explicaciones lograron una gran clientela al revelar que, más allá de todas estas aparentes parcelaciones, subyacía una base única perfectamente interconectada que a través de formas mercantiles, u otras más propiamente capitalistas, colocaban bajo una misma cadena de explotación a naciones, regiones y clases.

También Pablo González Casanova y Rodolfo Stavenhagen en base a estudios más concretos que desembocaron en la noción de colonialismo interno vinieron a golpear duramente las concepciones duales.

Más recientemente, para ser breves en esta larga historia, trabajos como los de Francisco de Oliveira ("A Economía brasileira: crítica de la razón dualista" *Estudios CEBRAP 2*, octubre 1972), haciendo un documentado análisis de una sociedad nacional, bien basado en el desarrollo de la estructura productiva (tanto agraria como urbana industrial), en los distintos momentos de la política económica, en la formación del mercado interior, en la distribución del ingreso y la estructura del empleo, en la correlación de fuerzas sociales y políticas que acompaña a este proceso, etcétera, resumió toda una línea de interpretación hoy bastante extendida e igualmente antagónica frente a la razón dualista. Oliveira enuncia su hipótesis principal en los siguientes términos: "el crecimiento del sector

terciario, en la forma en que se da, absorbiendo crecientemente la fuerza de trabajo, tanto en términos absolutos como relativos, forma parte del modo de acumulación urbano adecuado a la expansión del sistema capitalista en el Brasil; no se está en presencia de ninguna 'hinchazón' ni de ningún segmento 'marginal' de la economía" (p. 27).

En el trabajo que ahora realizamos se trata de poner a prueba esta afirmación desde otra perspectiva. Nuestro punto de vista es que se ha avanzado muy ágilmente en la crítica del dualismo porque, efectivamente, en el terreno escogido por estos críticos su adversario se encontraba derrotado de antemano. Queremos decir que si el análisis se coloca desde su inicio en el terreno infraestructural y se escoge como objetivo demostrar que la base productiva capitalista se desarrolla combinando las desigualdades, incluso si éstas son enormes en la industrialización tardía, entonces el dualismo desaparece porque él es justamente el abono de la acumulación. Vuelve así a quedar, por este camino, unificada la sociedad en un mismo aparato productivo y de explotación: una sola lógica predomina y explica el todo social, infra y supra estructuralmente.

Pero nosotros nos preguntamos: ¿no se han dejado arrastrar todas las ciencias sociales demasiado fácilmente detrás de este razonamiento de contenido fundamentalmente económico? Los objetivos analíticos que se propone este enfoque y su instrumental demostrativo, ciertamente bien fundamentado, ¿son los mismos que deben adoptar otros enfoques y disciplinas sociales? Lo que es válido al preguntarse por el desarrollo económico, la acumulación, la explotación, etcétera, ¿deberá ser adoptado como punto de partida, como dato fundante e insuperable? ¿Pueden la sociología, la ciencia política, la antropología, mostrar aspectos no reducibles a aquellos postulados cuando tienen como objetivo evidenciar procesos de la realidad no ligados directamente a la base productiva? ¿Puede el análisis superestructural mantener parámetros desechados en el estudio de la infraestructura si con ello logra hacer más comprensible a la sociedad en que vivimos?

Nuestras notas tienen esa pretensión: mostrar que en una sociedad altamente heterogénea¹ como lo es la mexicana, cierto tipo de mecanismos, directamente relacionados con la dinámica de la organización social y política, son más fácilmente aprehensibles manteniendo la especificidad de los agregados sociales y no fundiéndolos en una cadena única; que las actitudes sociales, culturales y políticas de esos agregados, a pesar de estar regidas por un modo de producción o "modo societal" predominante, que es el capitalista, estudiadas bajo otra óptica se constituyen en importantes sistemas capaces de teñir a la formación social toda y de coexistir vigorosamente e incluso oponerse a la lógica sociocultural y sociopolítica que el sistema capitalista parece conllevar como atributo superestructural.

¹ Concepto a precisar más adelante.

Vamos pues a tratar de mostrar que en términos sociopolíticos los atributos del sistema capitalista dominante, como lo son su correlato de funcionamiento democrático o el inevitable surgimiento y lucha de clases, no se encuentran de ninguna manera ausentes en la organización social y política de un país como México. Pero al lado de ellos y no precisamente como formas residuales y ni siquiera, como en economía, dependientes o apéndices que los habrían de alimentar o robustecer, encontramos otro vasto complejo de manifestaciones que se expresa en formas de organización social y política muy lejanas de las propiamente capitalistas y en gran medida opuestas. Estas últimas encuentran bases y son producidas por amplísimos agregados sociales que operan bajo una lógica muy distinta.

La noción de desarticulación, de sociedades desarticuladas o heterogéneas puede resultar, así, de una gran utilidad para recapturar mecanismos sociológicos, sociopolíticos y culturales que emanan de al menos dos lógicas contradictorias. Se ganará mucho si logramos evitar, recurriendo a estas nociones, un regreso a la discusión sobre el dualismo (una vez aceptada la pertinencia de la crítica hecha, fundamentalmente, a partir de la base productiva).

Debemos advertir que por más general que por ahora aparezca nuestro planteamiento, constituye en realidad la interrogante más profunda que surgió como resultado de una amplia investigación sobre el movimiento estudiantil mexicano de 1968. Después de haber analizado ahí las formas de acción, las conductas colectivas, de distintos agregados tanto al interior de la alianza llamada movimiento estudiantil (estudiantes, profesores, intelectuales, autoridades educativas, etcétera) como en relación a quienes tuvieron algún tipo de respuesta de apoyo a los movilizados (jóvenes de las capas más pobres de la ciudad, obreros, clases medias, campesinos), una vez analizadas estas conductas, repetimos, comenzamos a desprender ciertas hipótesis sobre formas diferenciales de comportamiento colectivo en situación de crisis social o relajamiento del orden. Como este último aspecto no cobró dimensiones amplias hubimos de conformarnos con interpretar estas conductas un poco en base a la mínima acción desarrollada entonces, y un poco en función de otros actos anteriores o posteriores tanto en situaciones pacíficas como en brotes esporádicos y localizados.

Estas formas diferenciales de acción, o simplemente las conductas observables en situación de normalidad (que se encuentran presentes en las expresiones culturales cotidianas, que son la forma de vivir), irradian, a partir de ese plano propiamente social en el que se desenvuelven, caracteres organizativos sobre la sociedad global.

En una sociedad homogénea las formas de Estado corresponden de una o de otra manera a una misma lógica de manifestaciones sociales y culturales. En una sociedad desarticulada o heterogénea, las formas del Estado y del sistema político tendrán también que expresar ese complejo

de relaciones sociales que los sustentan. Pero justamente porque en términos sociales y culturales la predominancia de una sola lógica está aquí debilitada, el Estado en sí y sus formas de respuesta, de procesamiento, de represión de las exigencias venidas de lo social, serán también contradictorias, cambiantes, voluntaristas y veremos a los regímenes transitar por el autoritarismo, los comportamientos populistas, las aperturas democráticas o "reformas políticas", o bien combinar todas estas formas casi simultánea e inexplicablemente.

En este trabajo trataremos de evidenciar dos grandes lógicas "sociales" como primera aproximación a un problema que sin duda es más complejo y no necesariamente dicotómico: hablaremos de una "lógica de clases" y una "lógica de masas" o, enunciado bajo la dimensión política, de una "lógica democrática" y de una "lógica populista".

II. CRISIS ORGANIZADA Y CRISIS DESORGANIZADA

Quizás el mejor punto de arranque sea el regresar sobre las nociones, empleadas en el trabajo ya referido, de "crisis organizada" y "crisis desorganizada".

Hablar de crisis implica inmediatamente ruptura del orden. ¿Cómo entonces hablar de una crisis organizada? En forma aislada, la noción es inaceptable por la contradicción que conlleva y las confusiones a que puede orillarnos. En términos comparativos puede resultar sin embargo de gran utilidad, aunque sea transitoria.

Se trata en el fondo de diferenciar distintos tipos de luchas sociales e implica un esfuerzo por tomar distancia con respecto a las formas del conflicto en las sociedades democrático burguesas. Sociedades en donde las fuerzas sociales se han constituido en grandes agregados con respecto a la colectividad global y han sido capaces, además, de concentrar un elevado poder en sí mismas y desarrollar un cierto grado de autonomía, organización y acción concertada facilitado por su homogeneidad relativa. Pero nótese bien que no basta con este último atributo porque se pueden esbozar una infinidad de formas de organización social en donde la relativa homogeneidad e importancia cuantitativa con respecto a la colectividad, no otorga a un agregado el carácter de fuerza social, capacidad de organización relativamente autónoma, y medios para mantener concentrado en su seno el poder derivado de su presencia predominante o

derivado de la importancia de las funciones que desempeña en esa colectividad. Se puede decir que regularmente sucede lo contrario: los agregados más amplios y homogéneos de una sociedad no son generalmente quienes más concentran poder y más influyen en las decisiones que se toman globalmente.

Pero no nos proponemos con estas aclaraciones "descubrir América", sino simplemente llamar la atención sobre lo excepcional que pueda resultar, visto con una perspectiva histórica amplia, el hablar de clases sociales, de lucha de clases en su sentido estricto, de partido de clase, etcétera, fenómenos tan propios del desarrollo capitalista originario y de la forma de organización social que lo acompañó una vez que ya se encontraba más o menos fortalecido: la democracia burguesa.

Existe un paradigma de la lucha de clases y de la sociedad industrial que mucho tiene que ver con las revoluciones de 1848, con la Comuna de París, con los enfrentamientos de 1905 y la Revolución de 1917 en Rusia, con la historia posterior a la primera guerra mundial y anterior al ascenso del fascismo en Italia y Alemania, etcétera. Por supuesto ninguno de estos ejemplos reúne en forma global los elementos que exigiría el modelo de la sociedad de clases y de la acción conflictual de clases estrictamente hablando, pero todos ellos son la fuente y contribuyen a darle fundamento histórico a la conceptualización más elaborada de que se dispone sobre el conflicto en la sociedad industrial.

El modelo de la lucha de clases es inseparable pues de la idea de crisis organizada.

Ahora bien, una rápida ojeada a la historia de las luchas sociales en México puede mostrarnos cuan lejos se está aquí del paradigma de la acción de clases. Se dirá sin embargo que si la historia de México ha mostrado formas del conflicto que se alejan de este modelo, el desarrollo del capitalismo, cada vez más generalizado y predominante en nuestras realidades, viene aparejado necesariamente con el robustecimiento de las clases fundamentales: la burguesía, el proletariado y otras capas de la moderna sociedad industrial y de consumo nos asimilan inexorablemente a un tipo de relaciones sociales y políticas en donde prevalece la acción de clases, el robustecimiento de las fuerzas sociales, el debilitamiento del Estado como élite hegemónica y dirigente, el juego democrático y, en el extremo, antagónico de las clases, etcétera. Atributos todos estos propios del tipo de organización social y de las formas del conflicto de los ejemplos democráticos burgueses antes referidos.

¿Pero es este florecimiento de la democracia en México, del cual el Movimiento de 1968 es un argumento de apoyo, un fenómeno que nos permita juzgar a la sociedad global y que nos provea del optimismo necesario como para predecir que serán los sectores y clases realmente integrados al desarrollo moderno (obreros, burguesía, clases medias) quienes van a dar orden al resto de la sociedad una vez generada la dinámica

del conflicto; que serán capaces de hacer de la crisis social, una vez generalizada, una "crisis organizada"; que serán capaces, en una palabra, de devenir fuerzas hegemónicas tanto en el plano de las clases superiores como en el de las populares?

Un tal optimismo no parece justificado. No sólo la importancia aún enorme de ciertos rasgos estructurales legados por nuestra herencia de ascendente incluso prehispánico y colonial (que se preservan en formas de organización como el caciquismo y el caudillismo), pueden ser desechados de un plumazo. Ni tampoco pueden serlo otros elementos como la larga historia de guerras del siglo XIX y la Revolución, o bien un tipo de geografía que al entrar en contacto con las exigencias de los polos desarrollados del capitalismo mundial nos hizo devenir una economía primaria exportadora diversificada coadyuvando con ello al parcelamiento y debilitamiento de nuestras fuerzas sociales, a la aparición de un Estado fuerte ante una sociedad civil endeble y a la concreción de un tipo de organización social que nosotros hemos denominado como un populismo estructural.²

Por otra parte, si bien desde el punto de vista del desarrollo económico nuestro país ha incorporado ya desde hace algunos decenios las formas de producción capitalista propiamente dichas (la gran industria basada en un mercado interior que la facilita y la impulsa) volviendo al sector secundario el sector eje de nuestra economía, y si bien es cierto que estas

² Nos hemos servido de este término para subrayar que en el caso mexicano la relación **masas-Estado fuerte dirigente-debilidad de las fuerzas sociales**, ha sido una constante histórica a diferencia de otros procesos históricos latinoamericanos en donde, si bien en ciertos momentos pareció surgir un Estado capaz de imponerse al conjunto de la sociedad civil y apoyado en el manejo de las masas colocarse como actor dirigente del desarrollo, pronto este intento de organización social y política (este intento en ocasiones reiterado de "revolución por lo alto"), se vio frustrado. Ciertas fuerzas sociales, si bien no hegemónicas, mostraron que no eran por lo menos débiles, desde el momento que pudieron cuestionar exitosamente el pacto populista. Hablamos así, en este caso, de *populismos coyunturales*. Autores como Guillermo O'Donnell se han permitido generalizar bajo una misma concepción (Estados burocrático-autoritarios), tanto a los regímenes militares del Cono Sur, sepultureros de los procesos populistas más osados (Chile, Brasil, Argentina), como al caso mexicano. Esto tiene la cualidad de mostrar las imbricaciones, que se dan efectivamente en todos estos casos, entre la tecnoburocracia que controla el aparato económico estatal, las empresas multinacionales y las burguesías nacionales, y cómo se implementan los sistemas de exclusión de las clases populares. O'Donnell muestra con nitidez una serie de imperativos de tipo sociopolítico que requiere la base productiva y el capital para llevar adelante su proceso de desarrollo en estas economías. Pero justamente en el caso de México es **insuficiente** mostrar estos mecanismos burocrático autoritarios si lo que se quiere caracterizar es un tipo de Estado. Hay toda una dimensión sociológico-histórica que este tipo de enfoque deja fuera y es por ello que a pesar de sus aspectos autoritarios, el sistema mexicano mantiene toda una dimensión masas-Estado que lo caracteriza en lo fundamental aunque otros mecanismos vuelvan completamente impura esta relación. Volveremos a esto más adelante.

formas capitalistas al ser predominantes ligan en un mismo sistema de explotación a nuestra formación social global, ello no debe llevarnos a confundir economía y sociedad. Es decir, ello no debe llevarnos a deducir tan fácilmente a partir de la predominancia de las formas productivas propiamente capitalistas, la hegemonía de las fuerzas sociales que corresponden a ese mundo integrado al desarrollo.

Cuando el capitalismo estrictamente hablando se genera tardíamente, y por tanto no puede ser impulsado por fuerzas nacionales, la correspondencia a que tanto nos han acostumbrado los modelos clásicos entre magnitud del desarrollo e importancia y capacidad hegemónica (dirigente) de las fuerzas sociales que lo acompañan, no parece resultar obvia.

Antes de intentar una explicación más convincente de estos aspectos, digamos que el optimismo a que nos referimos antes (que consiste en suponer que el tipo de organización social y política de nuestro país, irá dando paso, como resultado del desarrollo económico, a formas de acción social que dejando atrás la "situación de masas"³ y el populismo estructural adoptarán una lógica más propiamente de clase en donde la función dirigente del Estado irá siendo retomada por las clases sociales, dando así paso a una organización más propiamente democrática y pluralista) no sólo se puede ver controvertido por el desdén de este tipo de razonamiento hacia los rasgos de la herencia y de la especificidad de nuestro desarrollo capitalista tardío, sino que también puede ser controvertido tal optimismo por ciertos comportamientos de nuestro desarrollo social que, siendo presentes, amenazan sobre todo con ser problemas del futuro.

Nos referimos aquí a ese crisol de problemáticas resumido en el llamado fenómeno de la "marginalidad" y particularmente a los efectos futuros que pueden acarrear sobre el carácter de las luchas sociales, sobre la distribución de poder entre Estado y sociedad civil, sobre la función de la represión, sobre la frustración de la etapa que muchos ya veían como el ascenso de la democracia y otros avizoraban como el inicio de los verdaderos enfrentamientos entre *clases*, etcétera.

Nuestras notas estarán por tanto divididas en tres partes que a primera vista pueden parecer sumamente desiguales pero que confiamos en

³ Entendemos aquí por "situación de masas" o "acción de masas" lo que sería opuesto a la "acción de clase". La diferencia, a reserva de más elementos posteriores, estaría dada fundamentalmente, en tanto la "acción de masas" tiende a delegar el poder que concentra, por su movilización o por su extendida presencia, en esferas siempre superiores buscando con ello la solución de sus problemas desde lo alto, desde el líder, el caudillo o el Estado que promete soluciones a cambio de apoyo. En la acción de clase por el contrario, el poder no es delegado completamente en las esferas de representación, tiende a permanecer en la base misma aunque, por supuesto, ello no sea jamás logrado en forma íntegra. Para un desarrollo más amplio de este tema véase Fernando H. Cardoso, *Sociologie du Développement en Amérique Latine*, Ed. Athropos, París, 1969, en especial p. 57. Sergio Zermeño "Estado y Sociedad en el Capitalismo Tardío", *Revista Mexicana de Sociología*, enero-marzo, 1977.

que nos proveerán, en su conjunto, elementos centrales para la comprensión del tema que ahora analizamos y que podrán ser sugerentes para el mejor entendimiento de nuestro país en la época que se avecina.

Primero trataremos de precisar nociones como sociedad heterogénea, parcelada, etcétera, recurriendo para ello a un rápido panorama comparativo; en seguida profundizaremos sobre algunos aspectos de las perspectivas del fenómeno de la marginalidad en México buscando apoyo incluso en los datos tendenciales y, finalmente, una vez reunidos estos elementos regresaremos a las cuestiones del carácter de las luchas sociales y de la doble lógica sociopolítica a que ya hicimos referencia.

III. CRISIS HEGEMÓNICA, PARCELAMIENTO DE LAS FUERZAS SOCIALES Y AUSENCIA DE "REVOLUCIÓN POR LO ALTO": LA REALIDAD LATINO-AMERICANA

Dentro de la sociología general de América Latina parece no haber gran oposición hacia la idea de que la llamada crisis de las oligarquías trajo aparejados los tres siguientes fenómenos resultantes:

a) *Una prolongada crisis de hegemonía en el plano de las clases dominantes.* Es decir, la crisis de la clase oligárquica, la quiebra de su hegemonía a partir de los años 30, o antes o después según los casos concretos, no ha dado paso hasta ahora a la emergencia de una fuerza social moderna capaz de sustituirla en su función de fuerza hegemónica (como sería el caso de la burguesía industrial en los ejemplos clásicos), y de ordenar en torno a su proyecto histórico al resto de los sectores sociales y hasta al propio Estado, volviéndolos dependientes con respecto a ese proyecto.

b) Lo que no constituye más que otra manifestación del mismo problema: la historia post-oligárquica de América Latina se caracteriza por un *extraordinario parcelamiento o atomización de sus fuerzas sociales* tanto al nivel de las clases dominantes como en lo que hace a las clases populares. Con respecto a las primeras, ya la teoría de la dependencia, los razonamientos sobre el capitalismo tardío y el cúmulo de estudios sobre la división internacional de la producción en el desarrollo del capitalismo, han mostrado de dónde procede tanto la anacrónica y prolongada permanencia de los grupos primario productores, como la debilidad, la heteronomía, la desintegración y el desgarramiento de las burguesías ligadas a la moderna industrialización. Basta recordar sobre esto último que la idea de una burguesía emprendedora, hasta cierto punto homogénea, y con una coherencia ideológica tan elevada como para imponer su proyecto

de clase en tanto modelo cultural globalmente deseable, es una idea muy lejana a la historia de nuestras burguesías.

Es en el plano ideológico en donde el parcelamiento de la burguesía (que se explica en principio por su división entre una fracción nacional y una asociada al capital extranjero, una monopolista otra atomística, etcétera), muestra sus incompatibilidades de manera más evidente: no puede devenir una clase hegemónica en el plano de las clases superiores, una burguesía que, por un lado, se ve comprometida en las alianzas más reaccionarias cada vez que las fuerzas populares amenazan no digamos ya con una revolución anticapitalista (lo que nos hablaría en cierta forma de un grado de organización de estas fuerzas populares muy cercano a la acción de clase), sino con una simple ampliación del campo de participación política y una redistribución de los beneficios del desarrollo. En repetidas situaciones en donde un Estado emergente populista se ha acercado a un momento parecido (y nótese que no se trata de una acción autónoma de las bases populares), la respuesta de los sectores burgueses ha sido la alianza con los grupos más reaccionarios de la economía primario exportadora y primario productora en general (cuya persistencia en el nuevo esquema de desarrollo sigue siendo muy amplia), o con las fuerzas económicas o políticas extranacionales. Esto, como decía Engels a propósito de la burguesía alemana de la segunda mitad del siglo XIX, hace ya del proyecto ideológico y de la empresa global de esta clase una verdadera caricatura de la clase revolucionara que acompañó el ascenso del capitalismo.

Pero, por otro lado, en el capitalismo tardío como el nuestro, en que la industrialización se efectúa cuando el monopolismo es ya un hecho a nivel mundial (a diferencia de Alemania, por ejemplo), la cuestión se complica aún más. Y es que el proyecto y la fuerza unificada de la burguesía no sólo se ve desarticulada como resultado de la alianza reaccionaria a la que tiene que recurrir para mantener un orden social excluyente económica y políticamente, sino que se ve además privada de recurrir al principio nacional o al nacionalismo como elemento hasta ahora central en toda ideología burguesa de desarrollo capitalista.⁴

⁴ Desde el momento en que el objetivo esencial del capitalismo, la ganancia, lleva a nuestras burguesías a asociarse a los capitales extranjeros y a servirse de la tecnología producida a nivel mundial, se introduce una incompatibilidad insalvable en el proyecto ideológico de esta clase: el verse imposibilitada para movilizar a amplios sectores echando mano del nacionalismo, del principio de desarrollo nacional para todos los nacionales. Queda descartada como clase dirigente de la movilización, queda descartada como base revolucionaria, capaz de enrolarse en una alianza progresista con los sectores populares para destruir las trabas del tradicionalismo, queda descartada al no poderse servir abiertamente del principio nacional, como portadora de un proyecto ideológico capaz de envolver y desarticular la ideología del resto de los sectores o clases sociales especialmente de los populares.

Digamos solamente, a propósito de las fuerzas populares, que tampoco a este respecto la escena social parece haberse acercado a las formas por las que el proletariado europeo, por ejemplo, desarrolló su acción de clase.⁵

Dicho de otra manera, lo que es cierto al nivel de las clases superiores a propósito del parcelamiento, la desarticulación ideológica y la ausencia de una fuerza hegemónica, lo es también cuando miramos del lado de las clases populares.

Como lo ha establecido Alain Touraine, no obstante la evidencia de las desigualdades y no obstante que esta evidencia nos coloca frente a agregados populares sumamente diferenciados con respecto a los grupos propiamente beneficiados por el desarrollo, no obstante todo ello, la homogeneidad de estos sectores y su capacidad de actuar como fuerza unificada es sumamente débil. Hay que agregar que, cuando se les ha visto movilizarse en un mismo sentido se constata inmediatamente que su punto de unificación y de activación está provisto por el Estado populista: apelan a él o lo aceptan como protector, pero en todos los casos el sentido de su movilización les viene de afuera, no procede de una acción auto-centrada, independiente, de base.

Ya hemos hecho algunos razonamientos a propósito de las formas de activación de las capas populares mostrando la distancia enorme entre una *acción de clase* y una *acción de masas*. Por el momento no podemos detenernos más en este punto.

c) Finalmente, a partir de la llamada crisis de las oligarquías, en América Latina, un tercer comportamiento general ha sido constatado en la región, además de la crisis crónica de hegemonía en el plano de las fuerzas sociales y el parcelamiento propio de éstas; la inestabilidad política que una situación tal genera, no ha dado paso tampoco a una situación de emergencia social (ya sea provocada por una crisis de equilibrio catastrófico y una consecuente ruptura y enfrentamiento social global, ya sea por una amenaza exterior de guerra o de catástrofe material, etcétera), capaz de *generar una fuerza que se imponga por lo alto a esta situación de incoherencia*, como lo podría ser un Estado fuerte, e imprimir al todo social un sentido unificado, una organización social y política coherente para el desarrollo.

Nos encontramos así, ante una burguesía presa entre dos fuerzas: por un lado entre las oligarquías tradicionales fuertemente dominantes, retardatarias y en distintos grados fortalecidas por el propio desarrollo capitalista de los centros industriales (pero que, incluso después de la crisis oligárquica, siguieron siendo indispensables para la obtención de las divisas que requiere el proceso de industrialización); y, por otro lado, entre las fuerzas ya inalcanzables de una técnica hecha por otros pero utilizada sin opciones por nosotros; una burguesía crónicamente débil y doblemente tributaria.

⁵ Más elementos a este respecto: "Estado y sociedad en el capitalismo tardío", Sergio Zermeño, *Revista Mexicana de Sociología*, N° 1/77.

Ahora bien, el que ésto no se haya logrado no quiere decir que no se haya intentado: los regímenes populistas como ya lo esbozábamos y una gran cantidad de los reiterados golpes militares no han sido sino dos expresiones en la búsqueda de este mismo fin. En ningún caso, sin embargo, un verdadero predominio del enfrentamiento se ha establecido. Ni el populismo, incluso en sus manifestaciones más osadas, ha dado paso a una tal situación, ni el acceso de los militares al poder ha sido un resultado de ella. Lo que podría ser una excepción, el régimen militar brasileño a partir de 1964, no encuentra en su origen (la crisis del populismo de Goulart), una verdadera ruptura abierta del orden y una situación de enfrentamiento social que pudiera servir de plataforma de legitimación y que por tanto hiciera emanar desde la base a esa élite dirigente militar que se vio obligada a establecer su dominación a través de elementos esencialmente coercitivos. Pero aun en donde el régimen populista sí fue el resultado de un proceso revolucionario, como en el caso Boliviano, vemos cómo el Estado que de ahí surgió no tuvo la fuerza suficiente para eliminar o fortalecer a ninguna de las fuerzas sociales, populares o superiores, que se encontraban en la escena prerrevolucionaria. La acción social, la movilización y el enfrentamiento no fueron suficientemente lejos como para sentar las bases de un cambio cualitativo instrumentado por la fuerza estatal que de ahí hubiera podido surgir.

Digamos lo siguiente tratando de completar este tercer punto de acuerdo en la sociología latinoamericana; esta parcelación y esta ausencia de hegemonía de las fuerzas sociales al mismo tiempo que colocan de manera prioritaria la exigencia de un Estado fuerte capaz de imprimir una cierta coherencia social y política para el desarrollo, se constituyen en la traba más grande para el logro de este objetivo. En efecto, en tanto el recurso al Estado se vuelve un prerrequisito indispensable para el logro de cualquier proyecto, (ya sea la redistribución económica y la apertura a la participación política para las clases populares, ya sea la consecución de los intereses de alguna de las fracciones de las parceladas clases superiores), el Estado mismo pierde cualquiera distancia o situación de autonomía eventualmente lograda respecto a esta estrella de proyectos y exigencias, y deviene un espacio, casi podríamos decir, de plena concurrencia. Esta es la situación que mejor caracteriza la vida política latinoamericana: por un lado una casi inexistencia del Estado propiamente dicho, es decir, de un principio de autoridad y de decisión con cierta distancia respecto a las exigencias de las distintas fuerzas o clases sociales, y su reducción casi completa dentro de un enorme sistema institucional o político (juego de partidos poli-clasistas, parlamentarismo, presiones sindicales, política "intramuros" llevada por innumerables grupos de presión o de interés, etc.). Por otro lado, un notable vacío de relaciones sociales propiamente dichas, es decir, ausencia de un enfrentamiento más directo de los actores sociales entre sí.

Se puede hablar así de una sobrepolitización, en el sentido de que todo pasa por el Estado. (sin que por ello éste sea fortalecido y sí debilitado por la enorme concurrencia), pero también de una desocialización de la dinámica histórica latinoamericana, en el sentido de que el enfrentamiento entre clases o fuerzas sociales entre sí es sumamente débil o se orienta inmediatamente hacia la presión política, o en fin, cuando es posible, delega la responsabilidad del proceso en el arbitraje estatal.

IV. UN REVELADOR EJEMPLO COMPARATIVO

Muchas semejanzas ligán el caso mexicano a estos postulados generales de la sociología latinoamericana: la parcelación de las fuerzas sociales y la ausencia de hegemonía de las mismas no merecen ni siquiera discusión.

Aún más, el hecho de que la propia oligarquía primario productora mexicana se caracterizara por una gran diversificación y fuertes contrastes, (apreciables ya en nuestra diversificada economía primario exportadora, y su dispersión regional), contribuyó a que la parcelación social fuera mayor.

Nuestras diferencias con estos postulados sociológicos latinoamericanos son, sin embargo, muy grandes. Bástenos aquí con señalar dos discordancias que nos permitan pasar al tema que ahora nos interesa: a) los grupos oligárquicos mexicanos fueron eliminados de la escena política, social y económica (désele a esta afirmación la relatividad que se quiera, el hecho es que en términos comparativos latinoamericanos ésto es cierto), y b) no parece haber habido, después de la etapa armada revolucionaria ninguna fuerza social capaz, por su poder político o económico, de contravenir, a partir de una posición exterior o de abierta oposición, las directrices o los términos para el desarrollo marcados por la élite dirigente (ya fuera en su expresión inicial de casta militar emanada de la revolución o en su posterior institucionalidad en tanto presidencialismo, partido único o categoría social definida en términos esencialmente políticos —“Familia revolucionaria”—).

En estas condiciones muy lejos estamos del tercer postulado de la sociología latinoamericana a que hicimos referencia (a propósito de la casi inexistencia del Estado) al tiempo que quizás podríamos ejemplificar mejor que ningún otro país de la región los dos primeros postulados (referentes a la parcelación y a la ausencia de hegemonía de las fuerzas sociales).

Siendo pues de gran riqueza la noción de *parcelamiento* para el análisis de la sociedad latinoamericana nos vemos obligados a afinar nuestro instrumental analítico con nuevos conceptos al constatar que no obstante

ser este rasgo propio de toda la región, los tipos de organización social y política en cada uno de los ejemplos guarda diferencias enormes. El caso mexicano nos muestra justamente, con su abrupta presencia estatal y su debilidad en el plano social, que la ausencia de hegemonía y el parcelamiento de las fuerzas sociales no siempre redundan en una distribución similar de poder entre sociedad civil y Estado.

Tomemos un ejemplo que contrasta fuertemente con el mexicano para ilustrar ésto: la prolongada ausencia de *hegemonía*... y la situación de equilibrio que no termina por ser catastrófico al conducir a una crisis revolucionaria, propias del caso argentino, no deben hacernos pensar por ningún motivo que nos encontramos aquí frente a fuerzas sociales *débiles* a pesar de estar inscritas dentro del marco de *parcelamiento* ya referido.

A primera vista, es cierto, el empleo simultáneo de estos términos puede parecer sumamente contradictorio: puede haber clases sociales bien definidas sin que ninguna de ellas sea portadora de una clara hegemonía sobre el resto. Sobre ésto no creemos que haya problema y un buen ejemplo de ello es el pasaje histórico de distintos países europeos que va desde la implantación de la industria como sector predominante de estas economías, hasta la plena instauración del capitalismo como fenómeno social y cultural y la plena hegemonía de los sectores burgueses que se encuentran en el centro de este sistema (en otros términos, la historia alemana entre 1860 y la segunda guerra mundial muestran bien la existencia de clases sociales fuertes sin clara hegemonía de ninguna de ellas).

Pero el empleo simultáneo de los términos parcelamiento y debilidad de las fuerzas sociales no parece tan fácilmente discernible: ¿estamos queriendo decir que puede haber fuerzas sociales parceladas con respecto a los ejemplos clásicos de pasaje al capitalismo, pero no por ello débiles, es decir, no por ello desprovistas de poder, capaces por tanto de mantener este poder en el plano mismo de lo social sin delegarlo en instancias superiores? En otros términos: ¿pueden ser constatados el parcelamiento social y al mismo tiempo una fortaleza de la "sociedad civil" frente al Estado?

Para responder a esta pregunta tenemos que hacer entrar al juego una nueva variable o noción: aquella de sociedad homogénea o heterogénea.

Las sociedades capitalistas originarias y principalmente aquellos "territorios vacíos" hacia donde el capitalismo se extendió en su proceso expansivo (Estados Unidos, Australia, Nueva Zelandia, Argentina, Uruguay, etcétera), han tenido como característica el ser producto de un mismo sistema, a pesar de las deformaciones que la situación periférica produjo en algunas de ellas. Se trata pues aquí y en muy alta medida, de sociedades homogéneas. Aún más, cuando se habla de una sociedad homogénea, hija de un mismo sistema, y lo que es fundamental en este

caso, del sistema capitalista, se está implicando en buena medida la idea de fortaleza de la sociedad civil frente al Estado.

Toda una cultura y una concepción de la organización social, del trabajo, de la familia, del espíritu emprendedor y acumulativo, etcétera, es implantada en un nuevo territorio, no obstante las involuciones provocadas por el sistema económico mundial, ese "sistema societal" capitalista (económico y cultural), será ampliamente predominante y lo será en forma irreversible.

En una sociedad como la Argentina, si se nos permite abusar de la esquematización, ¿puede realmente establecerse que a pesar del parcelamiento de sus fuerzas sociales y de los problemas de hegemonía, nos encontramos en un campo social fuertemente homogéneo? Aceptemos como hipótesis que esto es cierto y agreguemos inmediatamente cuáles son las razones de esta afirmativa: sociedad de poblamiento, es decir, territorio vacío en el momento de la conquista española (ausencia por tanto de culturas precoloniales), y territorio de "reserva" durante la colonia a consecuencia de sus débiles recursos minerales, la Argentina puede ser considerada en términos burdos, como una sociedad (o como una nación porque los dos aspectos se dan aquí casi al mismo tiempo) que nace con el sistema capitalista cuando éste aparece ya en su sentido más estricto (nace paralelamente a la revolución industrial, es hija de un sistema homogéneo).

Este plano homogéneo se verá reforzado por otras tantas lógicas que son la base para entender por qué en este caso concreto el poder tiende a permanecer en el plano mismo de lo social: permanece siendo un atributo de las parceladas fuerzas sociales.

Primeramente hay que considerar fuertes oleadas de inmigrantes europeos no españoles, es decir venidos en muchos casos de regiones europeas en donde la iniciativa individual capitalista (el espíritu empresarial) se encuentra ya desarrollado pero en ocasiones limitado en su empresa por la presencia de fuertes monarquías o monopolios estatales. Pero aunque éste no fuera el caso generalizado el solo hecho de atravesar el Atlántico sin hacerlo bajo la empresa de un gran Estado monárquico ya nos habla de una iniciativa individual bastante desarrollada. La "materia prima" es pues el producto de un tipo de sociedad capitalista ya definida aunque la situación periférica de la nueva región dentro de un sistema económico mundial pueda provocar involuciones o aletargamientos relativos.

Segundo: estamos frente a un tipo de economía primario exportadora que tiene como característica el no dispersar la población territorialmente. En efecto, las características geográficas permitieron el desarrollo de una ganadería extensiva en donde el ganado se reprodujo en la mayor soledad, casi sin la presencia de los hombres o del capital. Resultado: una gran concentración urbana desde muy temprano y por lo mismo un primer proceso sustitutivo industrial también bastante prematuro al comparársele con el resto de América Latina.

Tercero: al hecho de haber sido los grupos terratenientes u oligárquicos el producto de un mismo impulso histórico, es decir, al hecho de que se pueda hablar aquí de una "oligarquía moderna" (no influida en forma masiva por grupos fuertemente tradicionalistas herencia de formas de propiedad y de dominación coloniales o precoloniales) viene a adjuntarse un elemento más que tiende a atribuir mayor homogeneidad y fortaleza en tanto fuerza social, y en tanto poder concentrado, a la oligarquía argentina; sin que ésto sea tomado en forma absoluta, puesto que la producción cerealera tiene su importancia, se puede hablar sin embargo de una economía predominantemente monoexportadora. Esto proveerá a sus grupos oligárquicos de una gran cohesión, identidad de intereses o unidad (a pesar de la fuerte división entre "invernadores" y "criadores").

Anotemos solamente que a consecuencia de este fenómeno la oligarquía argentina logrará conservar su fortaleza económica, su presencia social y su poder político a través de una complicada serie de alianzas de clase, que incluso después de la caída del peronismo la colocarán como una pieza insustituible en cualquier nuevo acuerdo de dominación o intento de reorganización sociopolítica.

Este mismo carácter "moderno" de la oligarquía ayudará a entender por qué al perder ésta su clara hegemonía social, el pasaje hacia un nuevo acuerdo de dominación no estuvo marcado por fuertes rupturas y enfrentamientos (como sí se vio más claro en otros países de América Latina en el momento de la crisis oligárquica). Desde muy temprano los grupos propiamente modernos producto de la desproporcionada urbanización e industrialización correlativa, comienzan a exigir una participación política más amplia (aquello que se ha denominado como la irrupción de los sectores medios en la escena latinoamericana y que en países como Brasil cobró expresión a través del movimiento "tenentista" de los años veintes, un decenio más tarde que en Argentina).

Quizás estos rápidos trazos puedan ayudar a comprender el por qué se puede hablar aquí de un plano homogéneo.

Se entiende entonces cómo las fuerzas que aparecen en la escena social, a pesar de todo, han sido capaces de mantener algún grado de autonomía, unidad, identidad o coordinación organizativa que se traduce a su vez en una distribución de poder entre Estado y "sociedad civil" altamente favorable a esta última.

No podemos detenernos a mostrar cómo esto puede ser cierto de la misma manera para el caso de los sectores de la burguesía o de la clase obrera;⁶ o por qué las amplias clases medias argentinas tienden a actuar

⁶ Es un hecho que la clase obrera argentina, por ejemplo, va a sufrir, al igual que la clase obrera del resto de la región, el embate de la llamada irrupción de las masas posterior a los años treinta y producto de la crisis de la economía primario exportadora a partir del 29 y de la migración hacia las ciudades generada por el propio desarrollo sustitutivo industrial y por un crecimiento de la población en constante aumento a partir de esta época. También aquí, la clase obrera perderá

también en favor del robustecimiento de la sociedad civil frente al Estado (aunque esto es válido, en general, para las clases medias en el largo plazo). Lo que es claro de cualquier manera, es que con la sola excepción del peronismo, que tuvo en su base una coyuntura económica internacional y una coyuntura social interna muy favorables, en la Argentina no ha habido ninguna otra situación que permitiera entrever la posibilidad de una acción emergente a partir de un Estado fortalecido y capaz de imprimir una coherencia a la organización social y política.

No podemos detenernos a mostrar cómo esto puede ser cierto de la misma manera para el caso de los sectores de la burguesía o por qué las amplias clases medias argentinas tienden a actuar también en favor del robustecimiento de la sociedad civil frente al Estado (aunque esto es válido, en general, para las clases medias en el largo plazo). Lo que es claro de cualquier manera, es que con la sola excepción del peronismo, que tuvo en su base una coyuntura económica internacional y una coyuntura social interna muy favorable, en la Argentina no ha habido ninguna otra situación que permitiera entrever la posibilidad de una acción emergente a partir de un Estado fortalecido y capaz de imprimir una coherencia a la organización social y política para el desarrollo. Con la caída del peronismo fracasa el intento más osado de la historia argentina en este sentido .

Confiamos en que estas notas puedan ser útiles para la clarificación de varias nociones que hemos empleado y que habrán de servirnos como instrumentos para entender lo que aquí más nos preocupa: el caso mexicano.

esa notable identidad y ese embrión de organización y proyecto hasta cierto punto autónomos que antes de los años treinta fueron la base para el florecimiento de algunos partidos comunistas de la región.

De ahí que Argentina transite por una etapa en donde la "situación de masas" desborda una de las conformaciones sociales de América Latina que menos se aleja de la "situación de clase" más propiamente europea. Fuertes migraciones interiores, no tanto procedentes de espacios propiamente campesinos como sí de ciudades más pequeñas del norte del país hacia Buenos Aires principalmente, provocarán ese desbordamiento que va a constituirse en la base social de masas del peronismo.

Pero es muy importante subrayar en todo esto la relatividad de tal situación: se trata de un país en donde ya para 1925 el 68% de la población empleada no se encontraba en la agricultura (la brasileña alcanzaba sólo 32% y la mexicana el 30%), en donde además, y para el mismo año, el sector empleado en la manufactura alcanzaba el 20% (Brasil 12%, México 11%). El impacto de los amplios sectores populares posterior a los años 30 afecta, pues, mucho más desde el punto de vista del debilitamiento de la organización autónoma de la clase obrera, identidad y conciencia de clase, y no tanto en los términos de un vigoroso proceso de masificación y de generación de extensos sectores marginales urbanos. Si como dice Tulio Halperin: "desde 1945 había en la Argentina pleno empleo", hay razones suficientes para entender fenómenos muy importantes que van a diferenciar claramente a un país de este tipo y que nos permitirán poner en claro interesantes aspectos del nuestro.

El cuadro que presentamos a continuación puede contener innumerables impresiones, pero esperamos que tenga la virtud, de resumir varios elementos de análisis presentados. Enumeremos pues estas nociones tratando de completarlas con lo que sería su expresión contraria o polar.

Recordemos que este tipo de nociones tiene utilidad fundamental para el análisis de sociedades en "tránsito". Es decir, sociedades que se encuentran o se encontraron en ese lapso que va desde la crisis del orden pre-industrial y la correlativa, aunque posterior, instauración de la industria (orientación hacia el mercado interior como sector eje o dinámico del desarrollo), hasta la plena adecuación de una organización social y política coherente con este tipo de desarrollo. Hasta ahora esta coherencia sólo ha sido lograda, en el sistema de propiedad privada de los medios de producción, por la vía de una hegemonía global de la burguesía moderna industrial (incluso ahí en donde para llegar a esto hubo de pasarse por un largo rodeo y por la instauración de regímenes fascistas capaces de producir un desbloqueo por lo alto).

Es bueno también tener presente que en sociedades como las de América Latina en donde la instauración del sector industrial como sector dinámico de la economía aparece sumamente tarde con respecto a los primeros polos de desarrollo industrial (en plena etapa monopolista por decirlo de otra manera), prácticamente desaparecen las posibilidades de instaurar una coherencia social y política en base a la hegemonía de la clase burguesa moderna, es decir, en base a una hegemonía en el plano propiamente social. De aquí que cuando hacemos referencia a la noción de tránsito, no estamos pensando en una historia lineal que aunque por distintos caminos, y con recorridos más largos o más cortos, habrá de conducir siempre al mismo ordenamiento final.

Vale la pena hacer notar, en fin, que ninguna sociedad concreta coincidirá completamente con alguna de las columnas (derecha o izquierda) del cuadro siguiente. De manera que esta presentación polar evoca, si se toma el conjunto de elementos que se encuentran en cada extremo, sociedades ideales. Quizás sean los Estados Unidos la sociedad que mejor reproduce los elementos de la columna derecha.

 NIVEL DE LA ORGANIZACION SOCIAL Y POLITICA

En lo que se refiere a los *elementos de conformación de las fuerzas sociales*

Ausencia de hegemonía en el nivel social	↔	Fuerzas sociales hegemónicas.
Fuerzas sociales parceladas o atomizadas	↔	Fuerzas sociales integradas. (clases).
Formación social heterogénea.	↔	Formación social homogénea (en función de la organización capitalista de desarrollo).
Sociedad civil débil (fuerzas sociales débiles)	↔	Sociedad civil poderosa.

En lo que se refiere a la *relación sociedad civil-Estado*

Estado fuerte "permanente" sociedad civil débil	↔	Sociedad civil poderosa Estado débil.
"Revolución por lo alto" y Estado fuerte y transitorio		Hegemonía temprana de las fuerzas sociales modernas y propiamente capitalistas, revolución social burguesa y "alianza progresista".
o Intentos reiterativos pero fracasados de "revolución por alto".	↔	

 NIVEL DE LA ACCION SOCIAL (LUCHAS SOCIALES)

En lo que se refiere a algunas características de la acción social bajo la influencia del marco anterior

Crisis social desorganizada	↔	Crisis organizada.
Sobrepolitización de las luchas sociales (tienden rápido hacia el lugar del Estado).	↔	Las luchas sociales se desenvuelven en un plano fundamentalmente social.
Formas de acción y de ideología de las luchas sociales incoherentes y desarticuladas.	↔	Formas de acción y de proyecto ideológico integrados y coherentes (lucha de clases en el sentido clásico).
Discontinuidad de la acción social y de las luchas sociales.	↔	Continuidad de la acción social y de las luchas sociales.

V. SOCIEDADES HOMOGÉNEAS Y SOCIEDADES HETEROGÉNEAS

En general se puede hablar de formaciones sociales homogéneas al hacer referencia a las democracias burguesas de Europa occidental, mientras que entre más nos alejamos de los países del noroeste europeo, de la Gran Bretaña, y los Estados Unidos, es decir, de los países con desarrollo capitalista originario en donde este modo de producción se expande más rápido hasta recubrir casi completamente a la sociedad global, entre más nos alejamos de estos polos originarios, repetimos, el principio de homogeneidad se vuelve menos evidente.

Otro elemento que tiende a descartar todo esquematismo en este tipo de análisis es el siguiente: la hegemonía de las clases que nacen con el industrialismo es más sólida, para las clases superiores (la burguesía), en las sociedades de desarrollo originario en donde el capitalismo recubre mejor a la sociedad global (en donde la homogeneidad es más elevada; democracias burguesas clásicas); mientras que la hegemonía de las clases populares (de la clase obrera en su centro), es más sólida ahí en donde el industrialismo y su clase promotora (la burguesía) se encuentran bloqueados por fuerzas sociales (formas de propiedad y organización social), precapitalistas o no estrictamente capitalistas. En efecto, en sociedades en donde el desarrollo capitalista también es promovido desde el interior (como Alemania, Italia y en menor medida Rusia) pero en donde formas no estrictamente capitalistas de propiedad o de organización sociopolítica bloquean el desarrollo de la empresa o iniciativa individual y la libre movilidad los factores que requiere el industrialismo (que sea un Estado monárquico poderoso, una oligarquía terrateniente reforzada por la demanda de productos primarios de los primeros polos industriales, o bien se trate de formas de organización societal sumamente refractarias al desmembramiento de su cohesión corporativa), las formas de acción, de organización e ideológicas de la clase obrera han mostrado el grado de coherencia y de combatividad más elevados.⁷

⁷ En situaciones como éstas ha sido la clase obrera antes que ninguna otra fuerza social incluidas las dominantes, quien reúne los elementos que mejor caracterizan a una clase hegemónica (aunque dominada). El ejemplo es interesante porque nos muestra de pasada los siguientes problemas: primero: que el principio de homogeneidad social (en donde el sistema, en este caso el capitalista, tiene mejor a la sociedad global), no siempre resulta suficiente para la generación o la definición de una clase en sus términos más estrictos (acción o lucha de clase, organización y proyecto ideológico autónomos, etcétera). Esto relativiza notablemente la definición de una clase por la economía, incluso en el sistema capitalista de producción y haciendo referencia precisamente a sus clases fundamentales: burguesía y proletariado.

Segundo: que a pesar de la fuerte (Italia) o relativa (Alemania) heterogeneidad social, una clase (el proletariado) puede alcanzar una alta hegemonía, desde el momento en que el proyecto o la ideología burguesa se encuentra bloqueado o entabado. Y es que la coherencia ideológica y la función dirigente de la burguesía

Si nos mantenemos en el marco relativo de América Latina, es posible establecer que el caso mexicano ejemplifica bien el extremo más opuesto con respecto a la Argentina. Si incluso, debiéramos ir más allá, por ningún motivo sería un exceso afirmar que nuestro país reproduce casi íntegramente la columna izquierda del cuadro presentado: aquí la heterogeneidad social no tiene límites y la fortaleza y la sobre-proyección del Estado sobre la sociedad sólo pueden ser puestas en duda por quien jamás se ha preocupado por recurrir a la más mínima comparación extranacional.

Habrá que comenzar por lo más general: México no es un país que nace con el capitalismo, no es como Argentina, un país del siglo XVIII o XIX. Tampoco sus formas societales precapitalistas, contienen elementos que permitan pensar en su adecuación sencilla a las nuevas exigencias de organización (social, política y económica) requeridas por el capitalismo. (Como quizás pudiera ser el caso del Japón, mucho más cercano a las formas feudales europeas que fueron el receptáculo para la incubación del nuevo sistema).

Si en consecuencia después de los cortes ya propuestos nos fuera permitido dividir aun entre *heterogeneidad absoluta y relativa*, se nos proveería de un artefacto analítico útil. La cuestión sería mostrar que mientras algunas formas societales precapitalistas constituyen un abono más apropiado para que el desarrollo económico y organización sociopolítica se ensambren de la manera más clásica (democracias burguesas, o también, sociedades que se aproximan a este orden después de un rodeo histórico más largo), otras formas societales obligarán a que el desarrollo del industrialismo abandone estos moldes clásicos de organización sociopolítica.

Dejamos a cada quien juzgar sobre los casos de heterogeneidad social relativa y veamos aquí por qué en el caso de México se puede hablar de una absoluta heterogeneidad social y cómo este elemento va a expresarse en el orden social que lo caracteriza hoy.

La heterogeneidad enorme de la sociedad mexicana procede de que en ella se ha combinado la "lógica" particular de varios grandes sistemas de organización global de la sociedad. No creemos encontrar gran oposición si dividimos éstos en cuatro:

se ven debilitadas desde el momento en que para llevar su empresa adelante, se ven obligadas a establecer complicadas alianzas con los poderosos sectores tradicionales o con un Estado monárquico. Debilitada en esta forma su empresa dirigente y revolucionaria, es incapaz de movilizar y de englobar y hacer dependientes a las clases populares y a su ideología. Dentro de este marco de relaciones sociales se vuelve mucho más factible para estas últimas clases, y para el proletariado en particular, definir un adversario claro en la imagen de un sistema de dominación y un Estado fuertemente dominantes. Su acción y su ideología se vuelven sumamente coherentes puesto que aparte de definir en forma clara un adversario, se reconoce doblemente capaz de ser ella (la clase proletaria), la fuerza que puede promover de manera más efectiva el desarrollo y más equitativamente los beneficios de éste.

a) El sistema precolonial compuesto en realidad por una serie grande de subsistemas pero de los cuales, en el momento del choque con los españoles, sólo el Azteca y quizás el Tarasco, predominaban y ordenaban bajo su égida al resto (les daban, pues, una unidad relativa).

b) El sistema colonial: profunda integración sociopolítica (total mestizaje y acoplamiento de estructuras de dominación) entre el sistema despótico tributario Azteca (Semo, Enrique) y el sistema piramidal y monopolista de la Corona Española y de su empresa colonial.

c) El sistema periférico: la incorporación de esta sociedad a las exigencias de los polos capitalistas, a las exigencias del sistema industrial o capitalista en sentido estricto (gran industria).⁸

d) El sistema capitalista tardío: desarrollo de la gran industria vuelta hacia el mercado interior y predominancia del sector secundario de la economía (su paso a la función de sector eje o dinámico).

No podemos detenernos en cada una de estas etapas a mostrar de qué manera, por el hecho de ser México una sociedad ancestral y muy anterior al capitalismo, esta herencia se manifiesta como algo presente.⁹ Pero veamos algunas características del sistema actual o capitalista tardío, y tratemos de descubrir cómo se expresan hoy los rasgos que proceden incluso de muy atrás, y cómo se generan algunos otros que ciertos autores han denominado "neoarcaísmos", y que son propios de las combinaciones de este mundo lleno de heterogeneidad.

⁸ En realidad, no se trata en esta etapa, ni en ninguna otra de las señaladas, de dar por sentado que el todo social preexistente se adecúa a las exigencias de la nueva vinculación o impacto exterior por el hecho de que sea éste predominante. Hablar de la instauración de una nueva "lógica" en cada una de las etapas que estamos señalando implica poner en juego varios elementos que entran en combinación pero, porque nuestro esfuerzo es más bien de carácter sociológico, importa señalar que la combinación de esos elementos no es reductible a las exigencias del elemento predominante (como es más propio del razonamiento de tipo económico y que se preocupa por los problemas más estrictos del desarrollo y sus causas aletargadoras o aceleradoras). Ya veíamos en el capítulo V, cómo una serie de elementos muy particulares del caso mexicano (geográficos, de levantamientos interiores como la independencia, de guerras exteriores, de una soberanía constantemente amenazada, de una herencia minera y luego de enclave, etcétera, al entrar en contacto con las exigencias de los polos industriales capitalistas (sistema periférico), desembocaron en el resquebrajamiento del "orden oligárquico" y posteriormente en un tipo de organización sociopolítica, para la explicación de la cual, el impacto de la incorporación periférica sólo constituye uno entre otros tantos elementos.

⁹ Varios apartados a este respecto no han sido reproducidos aquí por problemas de espacio.

VI. MARGINALIDAD

A) *Productores y consumidores*

El sistema capitalista comporta dos expresiones: un subsistema productivo industrial y un subsistema de creación de consumidores modernos; y por modernos entendemos: consumidores capaces, por su número y su poder de compra, de hacer costear la producción interior de mercancías industriales: el mercado interior propiamente.

En el marco de los primeros polos de desarrollo capitalista ambos subsistemas se comportan en forma distinta con respecto a la situación de desarrollo capitalista tardío.

En el caso inglés (y de otros polos originarios europeos), el subsistema productivo alcanza una presencia o un peso, en el interior de la sociedad nacional, mucho mayor que el del subsistema de consumo (en un primer momento, aunque posteriormente se balance y hasta se invierta esta relación). Y es que como lo ha mostrado Erik Hobsbawm, el mercado de estos países es el mercado del mundo entero y ellos cumplen la función de "taller del mundo". Se explica entonces que puede haber este desbalance. En un país como los EE.UU. el peso de ambos subsistemas dentro de la sociedad global será mucho más equilibrado en su origen (aquí el mercado internacional no jugará un rol tan determinante como en Inglaterra); aunque posteriormente el peso social del subsistema de consumo devenga mucho mayor. Y es que, en "edades tempranas" del desarrollo capitalista es decir, cuando la relación entre obrero-máquina y empresa-propietario es mucho más balanceada (cuando la composición orgánica del capital y el proceso de monopolización son muy bajos) también la relación entre productores y consumidores encuentra una correspondencia menos desigual. Pero conforme avanza el proceso de concentración del capital y la tecnología alcanza niveles de sofisticación (automatización) cada vez más elevados el subsistema de consumidores va ocupando un espacio infinitamente mayor que el de productores. Se vuelve corriente hablar de "sociedades de consumo".

No se quiere decir que en términos económicos se rompa de la misma manera la relación entre producción y consumo: el problema que estamos planteando tiene validez exclusivamente en términos sociológicos.

En sociedades tardíamente desarrolladas dentro del capitalismo (y sobre todo en las que hacen de su sector secundario el sector dinámico ya bajo la etapa monopolista, como es nuestro caso), la relación originaria entre subsistemas de producción y de consumo se invierte. Encontraremos aquí un fuerte desarrollo de las clases medias (desde la etapa de vinculación periférica) sin una correlativa presencia de la clase obrera y de una

burguesía industrial. Ello no quiere decir que no haya industrias para satisfacer este consumo, lo cual sería un contrasentido, ni tampoco debe pensarse que una voluntad del imperialismo en abstracto logró impedir por decreto la implantación de industrias y exigió que todo el consumo fuera satisfecho por importaciones.¹⁰

La incorporación de los países de América Latina al sistema periférico se lleva a cabo después de la constitución de estos países como Estados-Nación (a diferencia de otros países del tercer mundo). Esto quiere decir que una parte de las ganancias obtenidas en la exportación de productos primarios quedará en manos del Estado nacional a través de impuestos (en el caso de países en donde la producción y la exportación es controlada por grupos nacionales) y de concesiones de explotación (en donde es el enclave extranjero, minero o de planeación, el que prevalece). La generación de grandes burocracias públicas (clases medias) sin común medida con el grado de diversificación económica, al combinarse con el aletargamiento relativo de la industrialización provocado por los efectos del libre cambismo, coadyuvarán a generar uno de los fenómenos más característicos de América Latina: una urbanización que precede y desborda con mucho al proceso de industrialización.

Pero la explicación más importante de este fenómeno, es decir, de la predominancia desde un principio del subsistema de consumo sobre el de producción es un efecto de los dos mecanismos siguientes, ambos expresión del carácter tardío de nuestro desarrollo capitalista:

a) En primer lugar, la instalación de una industria para satisfacer una cierta demanda generada interiormente, ya sea en la época de incorporación periférica o más tarde, no implicará como en los países de capitalismo autocentrado la producción nacional de las máquinas y una serie de insumos para su puesta en marcha. Quiere decir que una parte enorme del sistema productivo (producción de máquinas para hacer máquinas, producción de metales, investigación tecnológica, etcétera), seguirán pasando por el exterior de tal manera que si bien el naciente mercado interior de nuestros países comenzó a ser satisfecho con la sustitución de ciertos procesos productivos (la industria textil, por ejemplo), una parte enorme de esta demanda siguió siendo satisfecha desde el exterior (y continúa siéndolo). La industrialización aquí, está muy lejos de tener la misma fuerza multiplicadora que tuvo en el capitalismo originario y ello explica en parte

¹⁰ Se puede culpar a los intereses imperialistas y a las oligarquías de haber frenado relativamente, por medio de su control sobre el Estado, el desarrollo de la industrialización con la implantación de tratados libre cambistas favorables a sus intereses. Pero en general los Estados nacionales lograron imponer muy rápido sistemas proteccionistas y de aliento a la industria allí en donde el mercado interior permitía la sustitución de ciertas importaciones (tal fue el caso de México desde el porfiriato).

que el subsistema productivo nazca con esta debilidad en relación al subsistema de consumo.

b) Pero lo que es fundamental a este respecto y se hará sentir con todo su rigor en la etapa propiamente industrial de nuestro desarrollo (más precisamente a partir de los años 1950 en América Latina), es que nuestra industrialización se va a llevar a cabo en gran parte incorporando los niveles tecnológicos que privan en el plano productivo internacional. El sistema de propiedad privada de los medios de producción y la lógica que lo rige, la ganancia, no permite otra alternativa. La elevada composición orgánica y el grado de concentración del capital que ésta requiere son dos fuerzas que actúan debilitando el peso social del subsistema productivo. Es cierto que en términos políticos la burguesía monopolista puede concentrar un enorme poder (por su recurso a las fuerzas armadas y a los aparatos de sugestión directa): pero su peso social, su capacidad de implantación en tanto cultura burguesa es muy relativa, y todo ello va a debilitar enormemente la coherencia y la efectividad de su proyecto ideológico en tanto modelo cultural capaz de prevalecer globalmente. Se ve triplemente debilitada entonces su hegemonía en tanto clase social, porque a lo anterior habremos de agregar los efectos de su parcelamiento (pequeña y gran industria, industria monopolista y competitiva, sector nacional y asociado, etcétera) y aquellos otros efectos derivados de su imposibilidad de recurrir al nacionalismo como un ingrediente esencial de toda ideología que busca devenir proyecto globalmente aceptado y que intenta movilizar a la totalidad social en el sentido de sus intereses.

Por otra parte, este carácter tardío de la industrialización también tiende a debilitar obviamente el peso social de la clase obrera porque la capacidad de absorción de mano de obra de la industria que se sirve de estos horizontes tecnológicos es muy baja. Pero además, porque el proceso de concentración y de monopolización tiende a desplazar de la competencia a empresas de menor productividad pero que, por mismo, tienen una capacidad de empleo mucho más alta.

El subsistema de consumo continúa pues en un constante aumento, y este es un proceso que no se detiene, pero el peso social del subsistema de producción permanece estancado. El resultado es un gran crecimiento de sectores medios y de otras capas empleadas en el sector terciario que sobrepasan brutalmente a los grupos que tienen que ver directamente con el subsistema de producción propiamente industrial (comparativamente con la industrialización más temprana).

Pero justamente aquí aparece el tercer gran actor del escenario "moderno" (o mejor dicho no tradicional) latinoamericano: los sectores *flotantes* mal integrados al subsistema de consumo pero completamente desintegrados también de los sistemas pre-capitalistas y no estrictamente capitalistas mencionados anteriormente: se trata de los llamados sectores marginales o masa marginal.

En todos los casos, incluso en los ejemplos originarios de industrialización y en las regiones que el sistema capitalista va incorporando a su periferia, las exigencias de la nueva forma de organización social tienden a desarticular a los sistemas organizativos anteriores.

En los países de desarrollo industrial temprano y autocentrado veremos también la formación de grandes *masas flotantes* o masas en tránsito hacia su incorporación dentro del nuevo sistema (los llamados pobres en la Inglaterra de los siglos XVIII y XIX, los miserables de Francia, etc.).

B) *Sectores flotantes transitorios y sectores flotantes acumulativos*

En países como los nuestros se trata exactamente del mismo proceso de desarticulación de sistemas anteriores, pero el carácter tardío del desarrollo capitalista y la herencia societal y la heterogeneidad absoluta modificarán brutalmente la magnitud de estos sectores flotantes. La explicación de tal cambio de magnitud comporta varios elementos. Algunos de ellos son propios de cualquier proceso de desarrollo capitalista: el despliegue de las comunicaciones y los transportes en busca de un abaratamiento de los insumos industriales de alimentación para la población urbana, abre la posibilidad, aunque sea potencial, para la movilización de grandes núcleos de población antes aislados; desarticula ese orden social (económica, cultural y políticamente) a consecuencia de una aceleración en la división del trabajo (destrucción de algunas formas de autosuficiencia como resultado de la demanda de trabajadores y de productos por parte del polo propiamente capitalista...); provoca un debilitamiento del modelo cultural tradicional (más efectivo o menos de acuerdo con las formas organizativas globales de cada sociedad), por la irrupción del nuevo marco valorativo capitalista (nuevas formas de prestigio, mistificación de la tecnología, de los estilos de vida metropolitanos en donde se concentra "el Progreso"...) etcétera.

Este impacto y la correlativa desarticulación de formas no estrictamente capitalistas se va a provocar en cualquier parte, ya lo decíamos, y los contingentes allí liberados no serán inmediatamente incorporables al sistema propiamente capitalista.

Ahora bien, lo que diferencia a este sector en el capitalismo temprano y que para fines prácticos podemos calificar como *sector flotante transitorio* de aquel otro que va a generarse en los países heterogéneos y de desarrollo tardío capitalista y que podemos definir como *sector flotante acumulativo* es lo siguiente:

A esta desarticulación normal, por decirlo así, se agregará una desarticulación extraordinaria, por un lado y, por el otro, una marcada debilidad de incorporación al sistema propiamente capitalista.

a) El primer fenómeno (desarticulación extraordinaria), procede del impacto que genera la incorporación de algunos avances científicos de los países más desarrollados sobre sistemas de organización social en donde la relación entre naturaleza, técnica, colectividad, y cultura integran un código societal profundamente distinto con respecto al de la sociedad burguesa que generó esos avances tecnológicos. Recurramos al ejemplo más importante conscientes de que la formulación anterior es muy poco explícita: en Europa o en los Estados Unidos la ciencia médica se desarrolló paralelamente a la consolidación del sistema capitalista. El aumento en la esperanza de vida que la aplicación generalizada de esos avances médicos iba permitiendo se acompañaba de un paulatino cambio en los valores sociales (en la concepción de la familia en un medio urbano, etcétera). En nuestros países los programas sociales de salud son aplicados en un lapso de tiempo relativamente muy corto y muy reciente, y de una manera generalizada. El resultado es que se modifica de un golpe la esperanza de vida sin que haya grandes cambios en el plano cultural. Es justamente en el corazón del sistema tradicional, y luego en los sectores flotantes ligados aún fuertemente a este sistema, en donde la explosión demográfica va a manifestarse en forma incontrolable. No es necesario explicar otras formas de incorporación tardía pero repentina de la técnica a un medio tradicional, como puede ser el abaratamiento y la velocidad del transporte, la apertura de expectativas urbanas a través del radio, la TV y el cine, etcétera, para entender por qué este sistema tradicional en constante desarticulación expulsa contingentes de una magnitud sin común medida con la de los ejemplos capitalistas tempranos.

b) El segundo fenómeno (marcada debilidad de incorporación al sistema propiamente capitalista) constituye el complemento de la explicación del sistema flotante acumulativo. En efecto, quizá no tan determinante como el primero, lo cierto es que la bajísima capacidad de absorción del subsistema productivo industrial (provocada por el empleo de una tecnología que tiende a mantener estancada en términos relativos la incorporación de mano de obra en el sector secundario), agrava brutalmente el problema del sector flotante. El desafío que se plantea es entonces cómo crear el mayor número de empleos para este sector siendo que el subsistema productivo lo rechaza. La única forma de incorporarlos es haciéndolos consumidores, es decir, abriéndoles la posibilidad de percibir *un ingreso por encima de las condiciones elementales de la subsistencia*, por encima de la miseria. Se trata en consecuencia de crear consumidores que en su gran mayoría no formarán parte del sistema productivo industrial. Es decir, es fundamentalmente por el lado del subsistema de consumo por donde habrá de incorporárseles al sistema propiamente capitalista.

Ahora bien, la capacidad de este sistema para crear empleos en el sector terciario con un ingreso por encima de las condiciones elementales de subsistencia o la intervención directa del Estado para tratar de mejorar las condiciones de este sector (redistribución del ingreso, programas de vivienda, distribución de artículos de primera necesidad y control de precios, etcétera) resultan meros paliativos ante la magnitud del problema. Podemos decir incluso que la intervención del Estado no modifica las tendencias del fenómeno más que en los límites: en una franja muy delgada entre lo propiamente integrado y el sector flotante a pesar de todo lo anterior. En términos económicos se podría mostrar que estos sectores flotantes se encuentran integrados de una o de otra manera. Se podría mostrar que son objeto de explotación por diferentes mecanismos. Por ello hablar de sectores marginales se presta a tantos mal entendidos. Concentremos nuestra atención en lo que sería el contingente más dramático de estos sectores flotantes: el que se encuentra en el medio urbano. Aquí son inexistentes las posibilidades de subsistencia al margen del sistema económico global (lo cual sí sigue siendo una posibilidad relativa en el sistema tradicional). Una vez separados de la tierra, la producción de *auto* subsistencia desaparece. En consecuencia, los sectores flotantes urbanos para poder reproducir sus condiciones de existencia (para no morir de hambre) se convierten en buscadores constantes de un ingreso: se genera así un enorme mercado de empleos (sobre todo en el sector terciario) no integradores y de una altísima inestabilidad e inseguridad. En fuerte medida este mercado del empleo es producido por los propios buscadores de empleo, ofreciendo servicios superfluos y en ocasiones presionando para que sus servicios sean "remunerados" (se trata de mecanismos de auto distribución del ingreso en forma de limosna disfrazada). Tal mercado corre paralelo al mercado propiamente capitalista en gran parte y no lo afecta. La total ausencia de calificación del trabajo y el encontrarse obviamente al margen de las organizaciones sindicales, de seguridad social, etc. constituyen barreras que tienden a mantener separados ambos circuitos. Hay una franja, sin embargo, en donde los dos se encuentran conectados y se afectan mutuamente; es el caso, por ejemplo, de la industria de la construcción capaz de dar un empleo inestable a importantes masas de trabajadores con una calificación muy baja o sin calificación. En algunos procesos de este tipo de industrias el nivel de salarios se encuentra obviamente afectado por la enorme oferta de trabajo y ello hace sentir sus efectos, a su vez, en el tipo de tecnología adoptado. La sindicalización y los servicios sociales de estos trabajadores son derechos meramente nominales o formales dado el carácter transitorio e inestable del empleo.

Pero independientemente de la validez que pueda tener para la economía el hablar de dos mercados o dos circuitos del empleo, e independientemente de la forma como las estadísticas encubren el subempleo y el desempleo disfrazado, lo cierto es que en términos sociales se puede

hablar de un mercado de empleo integrador al sistema propiamente capitalista y de un mercado del empleo simplemente reproductor de las condiciones de subsistencia y de miseria.

Para defenderse contra la inestabilidad del ingreso de que sufren, los sectores flotantes desarrollan formas muy propias de solidaridad, directa o indirecta, a través de la familia u otras fórmulas de parentesco (el compadrazgo, etc.), de manera que cuando uno de los miembros encuentra un empleo, sufraga las necesidades de un agregado bastante más amplio que el núcleo familiar a pesar de que éste es de por sí bastante numeroso (en este marco el ingreso de los hijos al ciclo de la enseñanza implica amputar una de las fuentes posibles de ingreso y disminuir éste por los gastos que implica la escolaridad. Por tanto la asistencia a la escuela es nula o sólo alcanza algunos años de la primaria).

Todos estos mecanismos tienden a estructurar lo que Oscar Lewis llamó "cultura de la pobreza", que en realidad, como decíamos, no forma parte de un sistema integrado sino que combina elementos de un antiguo sistema de pertenencia y de un sistema de referencia al que se aspira. Complicados mecanismos culturales (religiosos, de solidaridad, de concepción familiar, sexuales, etcétera), dificultan una integración que se encuentra de por sí limitada por el sistema económico. Pensamos que es en este medio en donde autores como Sergio Bagú sugieren el estudio de formas muy genuinas de organización social que se pueden denominar "neocarcaísmos".

No es ahora el momento para una cuantificación aproximada del fenómeno de la marginalidad; pero entiéndase que si nos hemos permitido un amplio apartado a este respecto, es porque consideramos que en el futuro cercano de nuestro país no habrá forma de entender la acción social y sus eventuales resultados, sin tomar en cuenta este aspecto.

Que se trate de movimientos de capas medias, o bien de la movilización obrera, la acción de los amplios sectores populares estará inscrita en un marco profundamente enrarecido, producto de la heterogeneidad y la desarticulación propias de nuestra sociedad.

Recordemos solamente, a propósito de la magnitud del fenómeno, que de acuerdo con los estudios más recientes en el terreno demográfico, urbano, del empleo, etcétera, nuestro país habrá doblado su población en los próximos veinte años (entre 130 y 150 millones de habitantes para el año 2000), y la ciudad de México habrá rebasado los 20 millones de habitantes. Pero sin ir tan lejos, para 1980 las ciudades con más de 15,000 habitantes contendrán el 52% de la población, el número de obreros en la industria habrá descendido del 12.6%, con que contaba en 1970 al 11.3% de la PEA y, de acuerdo con las tendencias del empleo, del desempleo y del subempleo, así como de aquellas otras que nos

hablan del déficit de la vivienda, de los servicios urbanos elementales, de la educación, etcétera, en veinte años la *población marginal o población flotante* radicada en el medio urbano será sensiblemente mayor que el total de la población radicada en ciudades de menos de 15,000 habitantes (donde se encuentra, por supuesto, el total de la población rural que habrá dejado de crecer en términos absolutos hacia el año 2000).

Finalmente, es de preverse que cerca de la mitad de la población estrictamente urbana (ciudades con más de 150,000 habitantes) estará compuesta, para el año 2000, de marginados en condiciones de extrema miseria (algo así como 30 millones de miserables en las ciudades de México).¹¹

Dejemos aquí esta referencia cuantitativa del llamado fenómeno de la "marginalidad" y regresemos a plantear el problema en términos más generales que nos acerquen a nuestra conclusión.

Como decíamos anteriormente se puede mostrar desde un punto de vista económico que todos los sectores o agregados de nuestra formación social se encuentran integrados en un solo sistema de explotación. Los estudios sobre colonialismo interno y sobre los sectores flotantes urbanos y rurales más miserables, han descrito muy bien cómo ningún sector en nuestras formaciones sociales se encuentra ya al margen del sistema económico dominado por el polo propiamente capitalista.

Desde esta perspectiva se podría afirmar, incluso, que no existen razones para hablar de un sistema tradicional o de un sistema flotante ya que la formación social está integrada en un sistema capitalista único, aunque desigual y combinado.

Una vez aceptada esta generalidad, que en verdad resulta bastante irrelevante para la comprensión del problema que ahora nos ocupa, nos vemos obligados a insistir en que, las diferencias siguen existiendo de manera obvia entre *el sistema capitalista como plataforma económica global* y el capitalismo propiamente dicho en tanto un código societal muy específico y que conlleva en sí manifestaciones económicas, políticas y culturales (una concepción específica del trabajo, de la acumulación o el ahorro, de la propiedad, del tiempo, de las formas de parentesco y de solidaridad en la miseria, de la religión, de la familia, de los derechos del individuo frente a la colectividad, del hijo frente al padre, de la sociedad frente al Estado, etcétera).

¹¹ Estos datos se apoyan en los trabajos de Raúl Benítez Zenteno, Humberto Muñoz, Orlandina de Oliveira, Claudio Stern, Luis Unikel, Jorge Martínez Ríos y Jorge Basurto aparecidos en *El Perfil de México en 1980*, ed. Siglo XXI, Vols. II y III; así como en Sergio Reyes Osorio, *et al.*, *Estructura agraria y desarrollo agrícola en México*, México, Fondo de Cultura Económica; Raúl Trejo Reyes, "El desempleo en México: características generales", *Comercio Exterior*, julio de 1974; Michael James Higgins, *Somos Gente Humilde*, Instituto Nacional Indigenista (SEP-INI), México, 1974; Larissa A. de Lomnitz, *Cómo sobreviven los migrantes*, México, ed. Siglo XXI, 1975.

Hablar de un sistema industrial, de propiedad privada de los medios de producción, de urbanización, de clases medias o más simplemente, hablar de un sistema capitalista *en sentido estricto* implica inmediatamente establecer una frontera con un sistema o varios sistemas que, si bien se encuentran sobre la misma plataforma de dominación económica capitalista, no poseen el código societal propio del capitalismo.

Que se trate de sistemas no capitalistas aún relativamente integrados en sí mismos o que se trate de ese sector social flotante, en tránsito entre ambos y por tanto desarticulado y aún no integrado, el hecho es que visto con esta perspectiva es perfectamente legítimo establecer fronteras que faciliten el análisis más que homogeneizar a la formación social global en base a una plataforma económica única.

Definir hasta qué punto nuestra sociedad mantiene aún sistemas no capitalistas relativamente articulados o integrados en sí mismos, y cuál es el peso y las tendencias a la formación de sectores flotantes es tan difícil como querer definir hasta qué punto nuestra sociedad es capitalista en sentido estricto y cual es el ritmo de su proceso incorporativo.

Pero habíamos establecido que los sectores flotantes en sociedades con una heterogeneidad absoluta y tardíamente incorporadas al capitalismo, son un fenómeno *acumulativo* y vale la pena detenernos en esto para entender su influencia en las formas de organización social política.

Por qué hablar de *sectores flotantes transitorios* en los ejemplos de homogeneidad o heterogeneidad relativa y de *sectores flotantes acumulativos* ante la heterogeneidad absoluta. Si observáramos las tendencias en el momento de formación de estos sectores en la propia Inglaterra podríamos también establecer que su tendencia era acumulativa. ¿No podríamos establecer de la misma manera que estos sectores en nuestro caso llegarán a un punto de clímax y luego de descenso y que por ahora los consideramos acumulativos porque ese momento aún no ha llegado?

En principio no parecería haber razones para rechazar este último argumento, pero a pesar de todo es necesario tener muy en cuenta las dos cuestiones siguientes:

a) Estamos ante un fenómeno desconocido y de reacciones aún no calculables: En efecto, hasta ahora la mezcla de dos sustancias o digamos de dos códigos societales ha resultado "benigna" en todos los ensayos en donde una de estas sustancias ha sido el código societal capitalista (ya fuera porque esta sustancia constituía sólo un destilado o un derivado de aquellas con que fue mezclada —homogeneidad— o porque las otras sustancias con que fue mezclada lograron integrarse o adaptarse y su reacción inicial adoptó paulatinamente una tendencia a la neutralización —heterogeneidad relativa—).

Si concentramos nuestra atención en sociedades latinoamericanas sumamente heterogéneas (con fuerte contenido de culturas precoloniales y

fuertemente impactadas por el colonialismo), veremos que a pesar de las distintas mezclas a las que han estado sometidas ya fuera con códigos societales precapitalistas o con algunos derivados del capitalismo propiamente dicho (etapa de incorporación periférica), las reacciones han sido más o menos neutralizadas (a pesar de algunos desequilibrios violentos como la catástrofe demográfica a la llegada de los españoles).

Sin embargo, a partir de 1930 se agregan a esta substancia de base, que no puede ser pensada ya como una substancia pura pero sí bastante lejana aún del código societal capitalista en términos estrictos, importantes dosis de este último componente y en grados de concentración infinitamente más elevados que los que caracterizaron al capitalismo en un origen (enorme desarrollo de la tecnología, elevada composición del capital, grandes avances científicos, de la medicina, etcétera).

Comenzamos a vivir, pues, los efectos de esta reacción, de este desorden. Por algunas de sus manifestaciones parecen ser explosivos, tal es el caso del crecimiento de la población, del sector flotante, de la urbanización, etcétera; en otra de sus manifestaciones parece poderse demostrar una aceleración en la tendencia hacia la descomposición de ciertos sistemas tradicionales y también una tendencia hacia el predominio en términos absolutos y relativos del código societal capitalista.

Así pues, hasta ahora el estado del fenómeno permite dar la razón a todo mundo: que el desarrollo del polo capitalista y la modernización son crecientes: que nos desarrollamos, en consecuencia; que nuestro desarrollo es desigual y combinado; que el sector flotante es creciente absoluta y relativamente; que nuestro desarrollo es excluyente; que tiende a provocar un dualismo estructural, etcétera.

b) Lo que importa por lo pronto es mostrar que las reacciones de esta mezcla están generando un agregado acumulativo de sectores subempleados y en condiciones de vida miserables. Justamente porque este agregado se encuentra fuera de la lógica de su sistema de pertenencia y de referencia nada permite prever una autorregulación de sus tendencias. En efecto, un sistema integrado permite algún grado de regulación o autorregulación a partir de la localización de ciertos puntos neurálgicos y capaces de afectar globalmente a ese sistema; un agregado sin integración, desarticulado y sin lógica interna no permite esta autorregulación.

Pero este sector flotante acumulativo, se encuentra inmerso en un cuerpo social más amplio y si el todo no logra neutralizar la tendencia acumulativa a la desarticulación, este cuerpo social tiende a generar mecanismos emergentes afectando incluso la lógica de su sistema dominante pero tratando de conservarlo. Pueden aparecer así formas de organización social y política extraordinarias, como el recurso al fortalecimiento del Estado en tanto entidad privilegiada para salvaguardar la cohesión de la sociedad global; pero puede suceder también que la reacción de los componentes mezclados sea catastrófica y destruya la lógica misma de sus

sistemas integrados. Se puede hablar entonces de una autorregulación catastrófica del cuerpo social en busca de una nueva lógica o código societal globalizador, pero estos últimos aspectos forman parte ya de una sociología ficción que no está justificada.

Lo único que queremos subrayar con todo esto es que resulta suficiente tratar de entender las formas de organización social y política en una sociedad profundamente desarticulada y heterogénea, echando mano para ello de la sola lógica de su sistema dominante, y más insuficiente resulta aún, el enfocar el solo funcionamiento económico de este sistema dominante aunque sus efectos puedan ser globalizadores (no hablemos ya de los enfoques que quieren analizar el problema basados casi exclusivamente en el subsistema productivo dominante y en los sectores sociales que lo integran).

VII. CANTIDAD E INFLUENCIA: EL POTENCIAL POLÍTICO DE LOS DESHEREDADOS

Hasta ahora se han hecho importantes estudios que tratan de recapturar algunos elementos de la marginalidad y la heterogeneidad social subrayando principalmente el peso cuantitativo de cada uno de sus agregados. Es obvio sin embargo que no puede ser identificado este peso cuantitativo con su capacidad de influencia y de participación dentro de las decisiones globales del desarrollo y que sus actitudes a este respecto han sido menos estudiadas. Pensar que los marginales tendrán que ser considerados en relación al número con que amenaza su tendencia sería plantear las cosas de manera contradictoria, porque en el momento en que aquello fuera cierto la marginalidad comenzaría a ceder el paso hacia la plena integración.

Esta falta de correspondencia entre influencia y número, que logra su expresión más elevada en los sectores ahora considerados, puede tener, sin embargo, tres salvedades:

a) Ante la crisis generalizada del orden, ya sea el orden de derecho, o el orden impuesto por la coerción directa. No quiere decir que en estos casos, cuando la violencia y el enfrentamiento pasan a primer plano, la participación de las capas miserables y acostumbradas a ganarse la vida en las condiciones más difíciles, pueda ser una participación organizada. Harto posible es, por lo mismo, que no sean ellas quienes se encuentren en el inicio del proceso que condujo hacia la situación de crisis. Lo que nos interesa subrayar es que una vez incorporadas en una escalada de enfrentamientos y violencia su participación puede tener un

peso que se relacione más con sus dimensiones cuantitativas. Pero aquí de nuevo lo más probable será que su influencia no se dé en base a un mínimo proyecto de qué hacer con la sociedad injusta que se busca atacar o destruir, sino más bien en una forma meramente inmediatista espontánea, desorganizada, "plebeya", "descompuesta".

Lo que importa preguntarse, sobre todo, es si en estas condiciones de resquebrajamiento del orden los sectores mejor organizados y organizables dentro de una amplia movilización popular (obreros, estudiantes, trabajadores mejor integrados, etcétera), serán capaces de imprimir una cierta coherencia al espontaneísmo masivo o, por el contrario, sea más probable verlos desbordados, rebasados, incapaces de controlar e imprimir un cierto cauce. Sobre todo en estos sectores, de quienes se espera una actuación hegemónica en el seno de las luchas populares.

Muy poco se sabe, porque la historia misma de América Latina no nos ha proporcionado ejemplos en este sentido, de los cauces que la acción pueda tomar ante la participación masiva de los crecientes sectores marginales. En escala reducida algunos eventos no parecen desmentir lo anteriormente dicho, (el Bogotazo en 1948, el Limazo en 1975, etcétera) pero en general el sector flotante, en lo que hace a su vertiente urbana, ha mostrado una calma y una elevada flexibilidad para adaptarse a las condiciones terriblemente adversas de su situación.

En resumen: que su influencia se acrecienta en las situaciones de crisis del orden en relación más directa con su peso cuantitativo, creemos que puede ser sustentado como una hipótesis viable. Tal generalidad habrá de ser modelada, por supuesto, por los imperativos propios de cada coyuntura, y aquí tendrán importancia fundamental los recursos emergentes de conservación del orden, las formas específicas que ha cobrado la acción en cada sociedad nacional y que pueden ser en alguna medida discernibles a través del análisis de las luchas sociales pasadas, etcétera. Especial cuidado debemos tener a propósito de esto último cuando nos encontramos ante sociedades altamente heterogéneas como la nuestra, de fuerzas sociales históricamente débiles, y en donde, por lo mismo, las grandes dictaduras se han sucedido en relevo en las grandes rebeliones.

b) La segunda salvedad a eso que a menudo se ha considerado como una "apatía", "resignación" o calma de los sectores marginados estaría constituida por el desempeño de acciones concertadas en busca de solución a sus necesidades más apremiantes: invasiones de terrenos, demanda de agua, electricidad, etcétera. En situaciones como éstas, la capacidad organizativa, la decisión, la aparición de líderes naturales e incluso, los ejemplos de implantación de un liderazgo externo venido de grupos de izquierda, ha llevado a varios observadores a otorgar a los marginales una serie de atributos que los definirían más como un tipo de agregados capaces, si no de iniciar, por lo menos de ligarse coherentemente dentro de formas de acción propiamente revolucionarias. Un planteamiento

de este tipo contradiría entonces rotundamente lo afirmado en el punto anterior sobre las formas de acción desorganizadas o descompuestas en los momentos de crisis.

Pero traducir directamente estas formas de acción y de organización tendientes a solucionar cuestiones inmediatas, en atributos potencialmente aprovechables para una lucha de mayor continuidad y con implicaciones políticas de más largo alcance (capacidad de alianzas y de identidad con otros sectores populares, ubicación más precisa de un adversario común, posibilidades para definir un proyecto o una estrategia de acción a más largo plazo, etcétera), no parece ser una operación avalada por la experiencia histórica.

En efecto, como lo ha mostrado Alain Touraine en un artículo reciente sobre el tema, los marginales pueden manifestarse a través de una serie de conductas, no siempre semejantes, dependiendo del grado de rechazo de la sociedad propiamente integrada o del grado de atracción que se ofrece a algunos de estos conglomerados flotantes. Según las situaciones específicas estas conductas pueden ir desde el consumismo (tratando de mostrar a toda costa su pertenencia a una cultura propiamente urbana), hasta ciertas formas de radicalización y de acciones conjuntas en busca de un objetivo común que pueda paliar en algo su situación de miseria. Pero, "incluso cuando los bidonvilles se forman por invasión sus habitantes permanecen poco politizados. En Perú, E. Henry observa que el grupo invasor queda limitado en una lucha particular, contra un dirigente político o contra un propietario y participa difícilmente en una acción más general. Una encuesta aplicada en los bidonvilles de Lima y de Santiago ha mostrado la debilidad de la organización política local y de las Asociaciones voluntarias. Estas han sido a menudo muy fuertes en el momento de la invasión o de la organización de "la población", pero rápidamente se han debilitado".¹²

Los estudios sobre la movilización de "los pobladores" durante el régimen de Allende citados en el artículo antes referido muestran elocuentemente las dificultades que encontraron los partidos de la Unidad Popular y en particular el MIR para ligar la acción en busca de mejores condiciones materiales promovida en "los campamentos" (encaminada al control de precios, al mejor alojamiento, a la moralización, etcétera) con aquella otra desarrollada en el terreno propiamente obrero y generadora de una conciencia de clase proletaria. Las mismas barreras aparecieron cuando se buscó canalizar esta movilización de los "pobladores" hacia formas más desarrolladas de organización política o cultural: los partidos de la Unión Popular buscaron la movilización de base dentro de este medio tratando con ello de fortalecer las organizaciones propiamente par-

¹² Alain Touraine, "La marginalidad urbana", *Revista Mexicana de Sociología*, No 4/77.

tidistas (tal fue el esfuerzo por crear una central —única— del poblador).

Pero lo que no solamente ahí apareció claro sino también en otras experiencias y estudios sobre el problema,¹³ es que esta población flotante o marginal orienta más rápido sus conductas políticas en busca de la influencia en los aparatos de decisión estatal (presidente, administración o municipalidad) y en la producción de caudillos locales, antes que hacia el fortalecimiento de organizaciones más cercanas a la acción de base y que expresen más autónomamente y con un proyecto a más largo plazo sus demandas, como podrían ser los partidos políticos u otras organizaciones más propiamente de base.

c) Pero todo esto nos conduce directamente a la tercera forma de movilización del sector flotante o, dicho de otra manera, a la tercera salvedad en que la importancia cuantitativa de la marginalidad se relaciona más de cerca con su influencia y su participación, y en donde la “apatía” y “la resignación” y la calma que parece caracterizar a estos sectores se transforma y puede cobrar un peso y una influencia inesperados: se trata de la movilización organizada “desde lo alto”; de las potencialidades que esta masa, sus tendencias y el carácter de sus conductas políticas ofrecen para la manipulación desde el Estado.

Se conocen algunos ejemplos en donde los marginales fueron empleados como masa de maniobra por regímenes populistas de ámbito sobre todo urbano en América Latina (Odría en Perú, Rojas Pinilla en Colombia, Pérez Jiménez en Venezuela, etcétera). Ahí en donde la concurrencia partidista lo ha permitido, se ha apelado con más frecuencia a la masa marginal en una maniobra de clientelismo, a través del paternalismo y la demagogia y esa situación ha permitido que sus manifestaciones y sus conductas fueran en tales ejemplos más tempranas y mejor estudiadas.

En el caso mexicano, por haberse asentado el populismo sobre bases predominantemente campesinas y por la ausencia misma de un juego de partidos que en su búsqueda clientelista activara la movilización de estos nuevos sectores no controlados, la participación de los marginales en la vida política se vio largamente congelada: la cuestión campesina de por sí aguda y el control sobre un movimiento obrero sometido han servido ampliamente como pilares de sustentación y fuentes de delegación de poder hacia el Estado populista estructural. La cuestión campesina sobre todo, ha permanecido como el gran problema nacional así aceptado globalmente y siempre en vías de solución, y ha operado, en consecuencia, como el motor de legitimidad permanente del Estado. La larga estabilidad en que se ha traducido este tipo de organización social y política ha hecho sumamente esporádicos y limitados los quiebres del orden y ha

¹³ Encuesta elaborada por DESCO sobre Lima citado en *Ibidem*, p. 40.

acentuado, por ello mismo, la apatía y la calma en el sector propiamente marginal urbano.

Pero que en el caso mexicano esto último se haya visto congelado por lo menos hasta principios de los años setenta no quiere decir que su tendencia y su agudeza lo haya sido también: la ausencia de participación y las limitadas manifestaciones de los marginales bajo el reinado del orden, sólo aseguran la acumulación del fenómeno en el silencio. Si las estadísticas referidas en el apartado anterior han de ser respaldadas por los hechos, podremos entender por qué con el correr de nuestra década el problema de los "asentamientos humanos", de la vivienda, del crecimiento urbano, y en una palabra, de la marginalidad, irrumpe como "gran problema nacional" compitiendo con la cuestión agraria y amenazando con quitarle su primacía o con traducir buena parte de la retórica oficial en una especie de "agrarismo-urbano".

Sin embargo, la acción desde el Estado que ahora comenzamos a vivir no se explica solamente, ya lo hacíamos notar, como un resultado de las tendencias cuantitativas que cobra el fenómeno. Responde a dos series de hechos bastante precisos:

a) En primer lugar, a la escalada, en los años setenta, de acciones tendientes a la solución de necesidades inmediatas por parte de los marginados (invasión de terrenos, autoabastecimiento de servicios urbanos elementales: agua, luz, transporte) y explosiones de violencia esporádicas y localizadas. Con las salvedades de cada situación específica todo ello puede ser enmarcado dentro de la segunda forma de participación antes esbozada (consumismo; búsqueda de la influencia ante los grandes aparatos de la administración, la municipalidad y el favor presidencial; generación de caudillos más que implantación de organizaciones políticas de oposición, tendencia al debilitamiento de la cohesión y la organización espontánea una vez que las necesidades logran visos de solución; ruptura total de la identidad y desmantelamiento ante los embates represivos, etcétera).

Pero como quiera que sea y por más que estas luchas sociales sufran de una profunda incoherencia (identidad débil y coyuntural, adversario difuso y cambiante, inexistencia de un proyecto de sociedad a consecuencia de la conducta consumista-integracionista o tradicional-defensiva, etcétera), la potencialidad desorganizativa y violenta y los visos de rebelión y de escalada degenerativa con que su presencia amenaza en la situación eventual de crisis, empujan necesariamente al Estado a capitalizar las movilizaciones y a intervenir globalmente en el manejo del problema como una medida elemental de conservación del orden.

Todo ello no ha implicado al menos en la situación actual del fenómeno, el llamado desde lo alto a una movilización más amplia. Demagogia y paternalismo en unos casos y represión en otros, han resultado mecanismos suficientes para desactivar los brotes de radicalización y ha-

cer sumamente difícil la implantación de grupos políticos disidentes (a pesar incluso de las dificultades que puedan encontrar estos últimos para instrumentar una lucha política más allá de las demandas inmediatas de los marginales).

Pero importa destacar ante todo la "lógica de masas" en que están inscritas las conductas y formas de acción de los marginales y el enorme potencial populista que estos amplios y crecientes sectores le abren al sistema en el futuro.

b) Una segunda dimensión que es necesario tener en cuenta para comprender la incrementada acción desde el Estado hacia los sectores marginales es ésta:

En una sociedad heterogénea, con fuerzas sociales débiles, con un pasado profundamente plebeyo o de luchas sociales desorganizadas y en un proceso de desarticulación creciente como lo muestra la tendencia a la marginalización, el principio del orden no puede ser asegurado por la dinámica misma de la sociedad civil, es decir, en el plano propiamente social (como podría serlo en el paradigma de sociedades integradas, democrático-burguesas).

En condiciones como la nuestra la presencia de un Estado fuerte o populista estructural se ha constituido en la única fórmula organizativa capaz de mantener el orden y por tanto, capaz de asegurar esa mínima coherencia y estabilidad sociopolítica que requiere nuestro desarrollo capitalista tardío. Las medidas redistributivas de este prolongado sistema populista le aseguran legitimidad y abonan el mercado sobre el que ha de florecer el régimen de propiedad privada. Con ello se echa a andar, al mismo tiempo, el principio de progreso, de desarrollo, y la legitimidad del Estado fuerte populista queda doblemente alimentada.

VIII. CONCLUSIONES

Nadie duda, pues, de que todo este mecanismo favorece los intereses de las clases poseedoras y en esa medida el Estado se convierte aunque en forma indirecta, en el garante del *statu quo*. Pero nótese aquí, que ni en el origen ni en su momento actual el Estado populista estructural puede ser considerado como un instrumento al servicio de las clases poseedoras. Justamente porque el principio de hegemonía en su acepción más global nunca ha estado, ni tiene posibilidades de estar, del lado de las clases burguesas en el capitalismo tardío, justamente por esto, repetimos, la función dirigente y unificadora de la formación social nacional se vuelve un atributo *sine qua non* del Estado.

En tanto el actor dirigente estatal no se encuentra, en este caso al remolque de ningún otro proyecto, queda colocado en una situación bastante ambigua: por una parte es el garante de la cohesión de la formación social nacional, y, en esa medida asegura el principio del orden y de represión; por otra parte está obligado a mantener el principio de hegemonía (indispensable también para el logro de la cohesión nacional) y para ello se ve continuamente empujado a emprender la movilización, a romper lo establecido (que sea el proceso de industrialización, que sea la reforma agraria, que sea la nacionalización de los recursos naturales).

Así pues, en el populismo estructural dos funciones totalmente contradictorias se reúnen en la esfera del Estado, de manera más concentrada que en ninguna otra parte: orden y movilización. Pero más allá de la contradicción inherente de estas dos funciones, un principio fundamental explica su coexistencia: la necesidad de un Estado fuerte y hegemónico ante la imposibilidad de las fuerzas propiamente sociales para cumplir con esta función en el capitalismo tardío y en una sociedad, además, heterogénea, débil y desarticulada.

Por todas estas razones el Estado en el populismo estructural aparece con una gran autonomía con respecto a las fuerzas sociales.

Si es un populismo estructural casi puro, como podría ser considerado para nuestros fines el cardenismo, el Estado es capaz de asumir y remontar su doble rol contradictorio (orden-movilización) a través de su gran fortaleza ante una sociedad civil débil y a través de su gran impulso dirigente en tanto actor hegemónico, el desarrollo subsecuente dentro del capitalismo tardío amenazaría seriamente esta coherencia.

En efecto, el impulso desarrollista que el Estado promueve, es en primer lugar un acto movilizador, dirigente, y en tanto tal, un acto que refuerza la legitimidad del esquema populista, del rol fuerte y hegemónico de su promotor indiscutido.

Pero el desarrollo conlleva también, inexorablemente, la ruina del esquema populista incluso ahí en donde éste aparece como un rasgo estructural. Y es que con el desarrollo viene ligada, más tarde o más temprano, la modernización, es decir, el reforzamiento de las *clases sociales* tanto de aquellas que ahí aparecen como fundamentales (burguesía y proletariado) como de aquellas otras ligadas al subsistema de consumo relativamente sobre-desarrollado en nuestras sociedades (las clases medias).

Al modernizarse la sociedad, o dicho de otra manera, con el renacimiento de la sociedad civil y la exigencia, por parte de sus fuerzas en ascenso, por concentrar en ellas mismas el poder que había sido delegado en el actor dirigente estatal, éste tiende necesariamente a debilitarse.

Así, a través del mismo impulso desarrollista, movilizador y legitimador, el Estado populista sienta las bases de su propia destrucción. La "lógica de masas" que se encuentra en el origen de este tipo de organización social y política comienza a ceder grandes parcelas a una "lógica

más propiamente de clase": las clases y sectores mejor integrados al desarrollo capitalista moderno atacan violentamente a un Estado que se sigue conservando, a pesar de todo, como un actor indiscutido y por lo tanto, arbitrario, pero que también se ve amenazado; exigen pluralismo y juego democrático. Vemos a unas clases medias enfurecerse igualmente cuando se trata del autoritarismo díazordacista del 68 que cuando el echeverrismo inaugura un impuesto para los artículos de lujo o cuando se vota una "ley de asentamientos humanos" sin que esto último logre tampoco conmover el apoyo al Estado de los sindicatos obreros más fuertes e independientes de la férula estatal. Pero vemos de la misma manera la imposibilidad para llevar a los hechos una reforma fiscal más equitativa ante las presiones desplegadas por industriales, comerciantes y banqueros.

Claro está que en los extremos las reacciones tienen distinta procedencia según los actos del Estado sean a la derecha o a la izquierda: no estamos queriendo negar la existencia de la lucha de clases en todo este proceso. Pero para amplísimos sectores de la sociedad propiamente integrada (el ancho mar de las clases medias) esta crítica es en gran medida inmune al contenido popular o anti-popular del discurso y los actos venidos de la autoridad estatal: ellos son ante todo, consumidores, anti-autoritarios y demócratas; o autoritarios y coyunturalmente anti-democráticos cuando su consumo se ve afectado.

Lo que fuere pues un populismo estructural bastante bien integrado hacia los años treinta, deviene cada vez más un tipo de organización sociopolítico desarticulado: por una parte una "*lógica de clases*" o lógica democrática en función de un desarrollo capitalista creciente; por otro lado una "*lógica de masas*" o lógica populista en base a un sector flotante acumulativo cuyas tendencias son amenazantes, y en base a los tradicionales apoyos populistas (campesinado, amplios sectores de la clase obrera deprimida, etcétera).

Pero ante esta disgregación o desarticulación creciente de la organización global, y ante la incapacidad hegemónica de las clases dominantes modernas, es preciso recordar que la conservación del sistema capitalista-tardío en una sociedad heterogénea pasa, necesariamente, por la preservación del Estado como actor fuerte e indiscutido en tanto única fuerza capaz de mantener la cohesión de la formación social nacional.

La lógica de clases o impulso democratizante tiende a debilitar al sistema populista irremisiblemente, y en su acción misma pone en peligro al orden social, porque su ataque está dirigido de manera inmediata contra el principio de unificación y coherencia de esa sociedad: contra el Estado fuerte, como lo hemos visto al analizar el movimiento estudiantil.

Pero hay que preguntarse, incluso metiendo en juego a la acción de clase en su sentido más estricto (el movimiento obrero), si el impulso

democratizante ahí implicado, por no ser sino una manifestación inscrita en una lógica parcial, es capaz de presentar una alternativa unificadora y totalizante, es capaz de sustituir el principio de hegemonía que resquebraja a través de su acción y es capaz de superar la crisis desorganizada, la rebelión con que amenaza el mundo de las masas al ser debilitado el principio de autoridad, represivo y paternalista.

Por otra parte, la cuestión se complejiza desde el momento en que para la conservación del sistema (la conservación de su carácter capitalista y su coherencia sociopolítica) el actor estatal debe buscar en forma primordial mantener su fortaleza, su rol predominante. Para ello debe echar mano de la manipulación y la movilización que la creciente marginalidad le abre en tanto masa populista potencial.

De aquí que los intereses a corto plazo, (tanto económicos como políticos y socioculturales) de las clases dominantes en sociedades como ésta se vean en ocasiones fuertemente atacados y hasta se llegue a ciertas situaciones enrarecidas de tipo socializante. Y es que mantener la viabilidad del sistema a largo plazo requiere de un agente capaz de combinar y reprimir las exigencias contradictorias de las dos grandes lógicas en que se distribuye esta sociedad desarticulada.

Para el resto de los sectores integrados (clases medias y proletariado), la dinámica social, su acción misma y las respuestas del Estado aparecen también en un marco de profunda incoherencia: democratizantes, civilistas, antiautoritarias por naturaleza no acaban de comprender que el poder que le restan al Estado con su acción es quizás el acto menos inocente en esta sociedad, aunque al mismo tiempo necesario e irrefrenable.

Al ponerse en cuestión el principio de autoridad como resultado de la acción y las presiones de los sectores integrados no dominantes, los desenlaces más inmediatamente previsibles son la *crisis desorganizada*, la *rebelión*, por una parte, o el predominio de los intereses inmediatos de las clases dominantes como la otra opción o como resultado de aquello: *restauración del orden a través del Estado dictatorial* (dictadura militar, etcétera). Sólo como una opción más lejana se entrevee un itinerario en el que este tipo de acciones conduzca hacia un *perfeccionamiento democrático* o autorregulación por interacción de las fuerzas sociales en el plano mismo de la sociedad civil. Y también lejana aparece la posibilidad en donde una *acción clasista en el sentido más estricto*, ordene la dinámica de la acción (lucha de clases, crisis organizada), incluso teniendo en cuenta que toda revolución es un acto de masas (Gramsci).

El Estado populista estructural, en el afán por preservar su fortaleza a menudo se vuelve el adversario a corto plazo de todos los sectores integrados (de los beneficiarios del sistema que ese Estado preserva) y su acción hacia las masas no deja de aparecer como un acto de manipulación, de demagogia, de control paternalista y autoritario, etcétera. Pero precisamente porque el Estado, aquí, no responde a una sola lógica, sino que

es el garante de dos mundos desarticulados, y porque de la conservación de esta unidad depende su existencia (en tanto *élite* dirigente) se nos presenta con una autonomía relativa frente a los intereses y proyectos particulares de las fuerzas sociales. La razón de Estado en estas condiciones es el objetivo primero a preservar. Sin este prerequisite, la conservación de un orden de propiedad privada de los medios de producción no es viable. El esquema democrático-burgués queda entonces invertido y los intereses inmediatos de las clases poseedoras se ven en ocasiones profundamente ultrajados. De ahí que la integridad o coherencia de estas clases se revela totalmente bloqueada y contradictoria, puesto que exigiendo un juego democrático por su ideología y su naturaleza misma, su privilegio económico sólo es viable a través de un indiscutido garante estatal que las limita constantemente al grado de aparecer como su adversario (El Estado dictatorial que están dispuestos a promover ante la crisis, también encuentra límites más o menos estrechos para actuar a largo plazo como el instrumento de las clases dominantes o aparato esencialmente represivo, y en su búsqueda de continuidad y legitimidad amenaza con colocarse nuevamente por encima de los intereses más inmediatos de estas clases).

El proyecto de democratización de la sociedad, tan caro a los sectores integrados pero en especial a las clases medias y al mundo de la intelectualidad y de la cultura, se vuelve entonces un proyecto solamente parcial y en buena medida irrealizable a pesar de su nobleza. Se ve reforzado, es cierto, por el componente nacionalista que otorga una aparente coherencia tanto a la crítica como a las movilizaciones de la oposición democrática y de clase. Pero a final de cuentas también es presa de la disyuntiva que esta sociedad crecientemente desarticulada le presenta: todos los proyectos venidos de esta oposición están marcados por ese afán voluntarista y políticamente indispensable de reconciliar nuestras dos lógicas disociadas: se llega entonces al planteamiento de una *revolución nacional, popular y democrática* que no es menos contradictorio que el proyecto de los *demócratas cardenistas*: tratar de preservar un Estado fuerte popular salvaguardando al mismo tiempo la libertad de acción desde la base y el poder concentrado en ésta "(todo el pastel)".¹⁴

¹⁴ Pero recordemos aquí que el carácter abigarrado de las posiciones políticas, es el producto, necesariamente, del estado mismo de desarticulación que caracteriza nuestras luchas sociales. El citado estudio sobre el movimiento estudiantil mexicano de 1968 nos permitió desprender y sugerir las grandes dimensiones en que se encuadran las luchas sociales en países como el nuestro y nos explican en buena parte este abigarramiento de las posiciones políticas. Estas luchas tienen como característica (abstracción hecha de la importancia de cada uno de estos rasgos según los casos específicos), el involucrar siempre: a) un impulso masivo-popular (componente populista); b) un impulso demócrata modernizador (componente democrático); c) un impulso propiamente clasista (crisis organizada en busca de

Por su parte, el Estado actúa constantemente como un agente desmantelador de la organización y las movilizaciones de los sectores integrados, aunque esto lo logre cada vez en forma más deficiente. Represión constante y cooptación de organizaciones y vanguardias (con la fachada de "apertura democrática" o "reforma política") son distintas modalidades en la consecución del mismo objetivo: después del 68 y con el echeverrismo se reforzó quizás más que nunca la ilusión democrática cuando se entreabrió la posibilidad de libre creación de partidos de oposición, el respeto hacia los movimientos de independencia sindical, la desacreditación incluso del aparato sindical "charro", la libertad de crítica antigubernamental, etcétera. Hacia el final del régimen las cosas habían regresado a su punto de arranque y en forma quizás más severa: Fidel Velázquez y la CTM terminaban más acreditados y más indispensables de lo que era imaginable; el sindicato independiente de Galván era reprimido con el ejército; el diario demócrata *Excelsior* era arrebatado de las manos de la oposición, no cooptable, los partidos políticos de oposición, congelados, y el presidente de la República, según decir de esta oposición intelectual, concentraba un poder como no se había visto en muchos sexenios. Lo que llama la atención en el esquema es que el echeverrismo terminaba también en los enfrentamientos más agudos con los poderosos sectores industriales y agrarios modernos de nuestro país (grupo Monterrey, Jalisco, Puebla, y agricultores capitalistas expropiados en Sonora y Sinaloa).

El desprestigio ante todos los sectores integrados ha sido, pues, generalizado, pero ello no pareció acompañarse de una pérdida correlativa del poder concentrado en el actor dirigente estatal, y si los primeros años del decenio pueden considerarse como la cima de la expectativa democratizante, las tendencias demográficas, la marginalización y la desarticulación que se agudiza en nuestra sociedad deben llevarnos a repensar la viabilidad de tal expectativa.

A partir del esquema esbozado en estas páginas quizás se pueda hacer más discernible la función de la represión en el capitalismo tardío y en una sociedad heterogénea y quizás pueda haber también algunos elementos para ahondar en el carácter de nuestras luchas sociales, en su potencial desorganizador, incluso si en su origen son animadas por sectores integrados y susceptibles de plantear un enfrentamiento con una elevada coherencia.

La razón de Estado y la represión son pues, aquí, realidades reiterativas de toda acción y razonamiento. Por ello el movimiento estudiantil,

la dirección hegemónica de la clase obrera y el partido), y, d) un impulso reivindicativo de la soberanía y la autonomía nacional (componente nacionalista).

Del predominio de algunas de estas dimensiones o componentes de la acción social sobre otros (masa, modernización, clase, nación), se derivan resultados diferenciales en la distribución de poder favorable a la sociedad civil o al Estado.

por ejemplo, se encuentra inscrito en esta dinámica bastante dramática: él es predominantemente democrático y por lo elevado mismo de su proyecto, la represión, (irremediable y por las razones aducidas, doblemente brutal en nuestra sociedad), se constituye en la frustración más profunda de estas generaciones "modernas" para las que cualquier "empresa engrandecedora" no logra encontrar su coherencia en un mundo heterogéneo y desarticulado.

Una de las derivaciones lógicas es entonces el aspirar al Estado, incluso como éste aparece hoy, porque en él se descubre poco a poco el único agente unificador, en donde la potencialidad dirigente se vuelve capaz de abarcar e impulsar las dos grandes lógicas. Pero también poco a poco se descubre, desde lo alto, que esto constituye una ficción, que esas fuerzas democráticas de donde surgieron muchos de los cuadros que ahora miran al país desde lo alto, representan, en verdad, los destructores de las expectativas unificadoras y dirigentes que se suponían atributo del Estado, y el demócrata de ayer deviene el represor de hoy (también aquí el proyecto se encuentra dislocado).

Pero el movimiento estudiantil, o de otros sectores integrados, es ante todo acción, y por tanto es susceptible de abrir otras tantas expectativas (aunque no en todos los casos optimistas). Que sea la crisis del orden generalizada, que sea la acción de clases, o que sean todas las formas de Estado, más autoritarias o menos, que de tales movilizaciones puedan derivar, lo cierto es que las posibilidades para remontar el estado de heterogeneidad y desarticulación que se acrecienta, vendrán necesariamente por el lado de la ruptura, la movilización y el enfrentamiento y menos por el del reforzamiento del aparato estatal dentro de la correlación presente de fuerzas sociales. Aceptar la primacía de la acción en la búsqueda de una sociedad autocentrada implica plantearse muy seriamente la opción extrema de una "autorregulación catastrófica" de nuestro estado de desarticulación o incoherencia y, en tal caso, la anulación de todos los privilegios de los sectores integrados, de nosotros, las clases medias.